I. G.



ÁNGELA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. Manuel Tamayo y Baus.

Representado con gran aplauso, el 13 de noviembre de 1852, en el Teatro de Variedades.



MADRID.
Imprenta que fue de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, núm. 9.

1852.

A tí que tanto me amaste en la tierra: á tí que ahora velas desde el cielo por tu hijo

Manuel.



A D.ª Joaquina García,
su amigo
Manuel Tamayo
y Baus

PROLOGO DEL AUTOR.

El presente drama es hijo legítimo del titulado *Intriga y amor* de Schiller: se parece á este como un hijo á su padre: tiene el aire de familia. Es, sin embargo, un ser esencialmente diverso, con otra forma, otro corazon, alma distinta. Como la chispa brota del pedernal herido por el eslabon, este drama ha brotado en mi fantasía herida por la impresion que causó en ella la lectura de la obra de mi insigne, de mi admirable maestro J. C. Federico Schiller.

De nobles corazones es confesar deudas de gratitud; y villano fuera el mio, si procurase desconocer lo que debe al gran poeta, honra y prez de la Alemania de nuestros tiempos. No he tratado, pues, no trato de ocultar una circunstancia que juzgo honrosa; antes bien la proclamo con orgullo, porque en literatura, como en religion, imitar lo bueno es seguir el camino de la virtud.

Doy el nombre de *original* á esta obra, porque ima-

gino que no le puedo aplicar otro mas conveniente. En ella hay tres situaciones y cuatro ó cinco pensamientos semejantes á otros tantos del drama aleman: de este ha nacido tambien la idea de presentar un padre (en mi obra no lo es mas que en apariencias) deseoso de enlazar á su hijo, por ambiciosas miras, con una dama de alto influjo, contrariándolo así en el amor que profesa á una jóven de humilde cuna. Las escenas imitadas son: la del Príncipe y Conrado en el primer acto; la final del segundo, y la del Príncipe y Angela en el tercero. Complázcome en hacer esta indicacion, manifestando al par que, salvo rarísimas escepciones, la expresion, el giro, el carácter y el desarrollo son, hasta en las situaciones á que aludo, completamente desiguales en ambos dramas. Justo es dar á cada cual lo que le pertenece, y ahorrar á los curiosos la fatiga de rebuscar coincidencias. Fuera de esto, la palabra, las situaciones, el pensamiento fundamental de *Angela*, no tienen identidad ninguna con *Intriga y Amor*. Todos los elementos aprovechados de esta obra han mudado naturaleza y modificádose capitalmente.—¿Dónde hallar, sinó en el drama de Schiller el primer acto de *Angela*, escepto dos rasgos del carácter del Marqués y la escena de que se ha hecho mérito? ¿Dónde el segundo, descartando la situacion final, en los términos que he dicho? ¿Dónde el tercero, salvos dos rasgos en el diálogo de la Condesa y Angela, y la referida escena de la carta? ¿Dónde el cuarto, en el que solo el monólogo de Conrado participa de alguna reminiscencia del autor de Wallenstein? ¿Y dónde, en fin, el quinto, sin esceptuar una sola letra?

Inútil me parece añadir á estas lijeras apuntaciones, hechas para descargo de mi conciencia, que el ejemplo de todos los grandes maestros autoriza sobradamente la imitacion de las bellezas agenas. El gran Corneille, al imitar *Las mocedades del Cid* de Guillen de Castro, pudo decir

á su patria: lo que admiras me pertenece (1). Racine, nutrido en el estudio de los clásicos antiguos, los imita, no solo en accidentes secundarios, sino en el plan y fundamentos de sus creaciones. Véase en prueba de esto lo que sucede en *Fedra*, donde hasta suele traducir trozos enteros de Eurípides y de Séneca. Moliére, de tan profundo y vivaz ingenio, imita y traduce tambien á Pláuto y Terencio, pone á contribucion á los españoles, y exclama: «tomo lo que me conviene donde quiera que lo encuentro.» Testigos son, entre otras obras, *El Avaro* y *La Princesa d'Elide*. Shakespeare, el mas universal, el mas original y humano de todos los dramáticos del orbe, apenas tiene obra donde no haya imitado algo de alguien, cuando no ha prestado á los varios acontecimientos de la historia patria, reproducidos con prolija exactitud, el soplo vivificador de su poderoso númen. Dígalo *El Rey Lear*, copiado casi de *La maravillosa historia de las tres hijas del Rey Lear*, drama de autor semi-contemporáneo suyo. Dígando *Otelo*, cuya fábula sigue paso á paso los de la novela de Giraldi Cintio; *Julieta y Romeo*, *imitacion* de un poema extrictamente *imitado* de las novelas de Porta y Bandello; y, en fin, *El mercader de Venecia*, cuya mejor escena está traducida de la novela cuarta de Giovanni Fiorentino (Pecorone.) En España, el pensamiento fundamental de la mas grande de las creaciones de Calderon, de *La vida es sueño*, se debe á una novela de Boccaccio. Lope incrusta en sus lozanas comedias los mas bellos pensamientos de los líricos griegos y romanos. Moreto refunde y dá por suyas,

---

(1) Los que no conceden que el *Cid* de Corneille está calcado sobre la comedia de Guillen de Castro, tal vez porque no han estudiado profundamente ni la una ni la otra, ven lo que acerca del particular dice el eruditísimo señor Hartzenbusch, con los mas razonables fundamentos, en sus *notas* á las *Comedias de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.*

en *La ocasion hace al ladron, La villana de Vallecas,* de Tirso; en *El desden con el desden, Los milagros del desprecio* de Lope; en *Rey valiente y justiciero, El infanzon de Illescas* del mismo Tirso, de la que apenas se desvia y á la que ha debido parte muy principal de su gloria. Esto sin contar los argumentos que se copian y refunden en todos los pueblos y en diferentes edades, como sucede á la historia de *Edipo*, presentada con formas análogas desde Sófocles á Martinez de la Rosa, y á los furores de Medea, iguales casi en Eurípides, Séneca, Corneille, Alfieri, Nicolini, La-Valle y mil otros cuya enumeracion fuera ociosa.

Práctica tan autorizada han seguido tambien nuestros autores contemporáneos; y, merced á ella, han ceñido á su frente laureles inmarchitables. Si pues la imitacion de las grandes obras es lícita, conveniente y necesaria; si los mas dignos maestros de todas las escuelas han imitado á otros, y la originalidad absoluta es una quimera irrealizable, harta disculpa merece el que yo, jóven y oscuro, haya seguido, con mas ó menos felicidad, la pauta de ejemplos tan fructuosos. Demas de que, si algo hay de bueno ó malo en mi humilde drama es exuberancia de accidentes, que creo haber inventado trabajando con laboriosa constancia por espacio de año y medio. Por otra parte, lo que á mi modo de ver constituye la originalidad en las producciones del ingenio es la porcion de su alma, por decirlo así, que comunica el poeta, ya á sus imitaciones de la naturaleza, ya á las de la historia, ya á las de otras obras literarias. Esa porcion de sí mismo que deposita en ellas, es la que les infunde vida, la que les dá verdaderamente nuevo ser.

Pocas palabras diré en abono del género á que mi obra corresponde. Arrojo temerario parecerá en mí, que solo tengo por títulos mi aplicacion y buen deseo, el lanzarme á

desafiar las iras de los prepotentes melindrosos, para quienes todo lo que no sea el agua-chirle de discretos de nueva estofa, ó de enfáticas y gongóricas declamaciones en verso, carece de importancia; de aquellos que desprecian por anticuadas las obras mas notables de Dumas y Victor Hugo (donde, si la moral no es siempre pura, el artificio dramático es bello, y profundo, y las mas veces verdadero, el desarrollo de los afectos), como si la belleza artística pudiese envejecer nunca; de aquellos, en fin, que se horripilan, con exquisita sensibilidad nerviosa, al ver la pintura de las pasiones, presentadas con el colorido y aun con la poética rudeza de la verdad, y no tienen una lágrima, y permanecen mudos é indiferentes ante el espectáculo desgarrador de los mas hondos dolores.

No quiero decir, sin embargo, que yo siga al pié de la letra las máximas de tales poetas, ni mucho menos. Pero juzgo necesario, para que el drama ofrezca interés, hacer el retrato moral del hombre con todas sus deformidades, si las tiene, y emplearlo como instrumento de la Providencia para realizar ejemplos de provechosa enseñanza. En el estado en que la sociedad se encuentra es preciso llamarla al camino de la regeneracion, despertando en ella el gérmen de los sentimientos generosos; es indispensable luchar con el egoismo, para vencerlo con el eficaz auxilio de la compasion, virtud la mas noble y santa de las virtudes. Cuando sentimos interés hácia dolores imaginarios, cerca estamos de proporcionar consuelos á padecimientos reales. El teatro puede coadyuvar á esta laudabilísima empresa con medios no despreciables, y el conato de los autores dramáticos debe encaminarse á tan altos fines. Para realizar tales destinos, que son en mi concepto los que engrandecen el arte.

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.

Opinando de este modo, no parecerá extraño que me

haya propuesto en el presente drama, sin esperanza de lograrlo, pintar la maldad atormentada por las furias que ella misma engendra, conspirando á su propia ruina, cegada por la invisible mano de Dios para que se castigue por la suya propia, y encontrando, al morir, en el arrepentimiento la paz de que no habia disfrutado, la dicha de justificar á la inocencia, el consuelo de verse acariciada por sus generosas víctimas, la esperanza de borrar con la profunda contricion del alma, en el instante de la muerte, las manchas de toda una existencia de crímenes. Primero la justicia de Dios; despues su misericordia, mas grande aún que su justicia.

Sé bien que no he podido llevar á cabo dignamente tan árduo empeño, que el género de mi drama desagradará tal vez á los muchos que solo gustan de ir al teatro *para reir;* pero sé tambien que, segun la feliz expresion de un antiguo poeta griego,

Es generosa culpa un gran resbalo;

sé que hay todavía en nuestro público gentes bastante honradas y sensibles para estimar la buena intencion de quien aspira á hacer interesantes las virtudes, y que me perdonarán, por tanto, los defectos que no podrán menos de afear un drama escrito en poca madurez de años y con no cumplida experiencia de los vaivenes de la vida.

Los principios de mi poética dramática se encierran en esta frase: «los hombres, y Dios sobre los hombres.» Este símbolo es la luz del mundo moral que miro brillar á lo lejos. Muchos desengaños, muchas amarguras me aguardan hasta llegar á ella. Jóven soy, contancia tengo, la fé suplirá lo que no alcance la inteligencia. Tal vez llegue.

Madrid: 12 de noviembre de 1852.

LOS ACTORES, EL PUBLICO Y LA PRENSA.

«Yo he visto representar á algunos cómicos, dice el Hamlet de Shakespeare, y... no los juzgué de la especie humana, sino rudos simulacros de hombres, hechos por algun mal aprendiz: tan inícuamente imitaban la naturaleza.» Por dicha mia los actores que han interpretado la *Angela* son la antítesis de los que tan duramente condena Hamlet. El singular talento de algunos y la discrecion y el celo de todos han logrado que mi obra se aplauda extraordinariamente un dia y otro. Déboles, pues, en este sitio las mas expresivas gracias por sus laudables y venturosos esfuerzos.

Teodora Lamadrid, actriz tan inteligente y simpática cuanto querida del público, ha realizado en *Angela* todo lo que pudiera apetecer la mas ardiente fantasía. Los espectadores no han visto en ella á la primera de nuestras actrices, han visto sí al personaje dramático expresando la lucha de sus afectos con el difícil colorido de la naturaleza y con el poético idealismo que tanto engrandece el arte. Ha sido, en fin, la verdadera Angela que la imaginacion habia soñado. Como chispa eléctrica, el fuego de su

inspiracion inflama los corazones, y arranca universales aplausos debidos á un entusiasmo verdaderamente indefinible. Reciba por tan honroso triunfo mis mas cordiales parabienes.

La señora Rodriguez, luchando con las dificultades de un carácter que se desarrolla completamente en una escena, donde pasa del amor y los zelos á la abnegacion y el heröismo, ha hecho perceptible esta lucha, vistiéndose además con una propiedad y un lujo que recomiendan mucho su celo artístico.

Tambien ha logrado hacerse aplaudir la señora Campos, interpretando con mucha verdad las escenas mas difíciles de su papel (1).

La señorita García, que empieza su carrera con felices disposiciones, ha representado con suma naturalidad el papel de Julieta.

Arjona ha dado en el Príncipe de San Mário una prueba mas de lo que vale y puede su gran talento. La sencillez de su entonacion, la elegancia de su apostura, la elevacion con que resuelve las dificultades que abundan en las terribles situaciones en que interviene, prendas son que lo levantan á la altura de los primeros actores de la moderna Europa. Los aplausos que recibe cada dia le manifiestan que el público se halla en esta ocasion de acuerdo con mi dictámen. Complázcome, pues, en darle gracias, y en reconocer lo mucho que á su acertada direccion ha debido el éxito de mi obra.

El señor Calvo, aceptando con gusto y esmerándose en representar bien un papel que no es de los que mas se

---

(1) Una repentina enfermedad de la señora Campos ha proporcionado á la señorita Buzon ocasiones de manifestar su bondad é inteligencia, encargándose de pronto de un papel que no habia estudiado, y consiguiendo agradar en él.

conciertan con sus excelentes facultades dramáticas, merece, á par de las distinciones que le otorga el público, la expresion sincera de mi gratitud.

Los caractéres apasionados tienen en el señor Ossorio (D. Manuel) un intérprete lleno de brillantez y lozanía. Aun despues de consignada esta verdad, debo añadir que el jóven actor ha sabido comunicar al papel de Conrado toda la pasion, toda la ternura, toda la vehemencia que ha menester para hacerse interesante. Porque lo es logra en ocasiones despertar el entusiasmo del auditorio.

Los Señores Arjona (D. Enrique) y García, dan el conveniente colorido á sus espinosos papeles, contribuyendo eficazmente á la mejor armonía del conjunto.

El señor Ossorio (D. Fernando) se ha prestado gustosísimo á desempeñar un papel punto menos que insignificante. Esta modesta docilidad, propia solo de quien conoce que el talento sabe sacar de todo buen partido, honra mucho á un jóven cuyas gallardas disposiciones celebran con frecuencia los inteligentes.

Doy, en fin, gracias á todos los demas actores por el no vulgar esmero que han desplegado, cada cual en su respectiva línea, y dóime la enhorabuena á mí propio por haber proporcionado á tan escelentes artistas ocasion de conseguir un triunfo tan envidiable.

Y ¿cómo expresaré dignamente mi gratitud á la benevolencia con que el público de Madrid ha recibido mi drama? Teniendo en cuenta, sin duda, mi corta edad y buen deseo, ha querido alentarme, premiando con usura mis débiles esfuerzos, buscando con esmero cuidadoso lo bueno que pueda haber en esta produccion escénica y no curándose de lo malo. ¡Es tan frecuente, por desgracia, seguir el camino opuesto!

Cumple tambien á mi propósito apuntar algo acerca de las cuestiones que ha suscitado la originalidad ó no origi-

nalidad de *Angela*. Con este motivo importa dejar consignado de una vez y para siempre que cuanto afirmo en el *Prólogo* que antecede es estrictamente verdadero. En los círculos teatrales, unos han ensalzado mi obra hasta las nubes, otros la han deprimido y vilipendiado con incansable pertinacia. El voto de los primeros me servirá de poderoso estímulo para proseguir con nuevo ardor en mis trabajos literarios: tendré muy presente el de los segundos para corregir en lo sucesivo lo que en sus censuras me parezca razonable. No se niega, sin embargo, la originalidad de algunas situaciones, como son, principalmente, la final del tercer acto, todas las del cuarto y todas las del quinto. Pero como no se niega que son mias, dícese que son detestables, atroces, nauseabundas. La escogida y numerosa sociedad que llena todas las noches el teatro de Variedades aplaude con estrépito varias de estas mismas situaciones, prorumpiendo en gritos de entusiasmo y llamándome á la escena á la conclusion de los actos tercero, cuarto y quinto. A no ser por esta circunstancia, y á pesar de mis creencias artísticas, hubiera puesto en duda la bondad de tales situaciones al leer ciertos escritos; pero público tan galante no merece que yo deserte al bando de los que en esta ocasion se empeñan en llevarle la contraria.

No soy yo de los que desprecian los juicios de la prensa periódica; antes bien me apresuro á leer cuanto de mí se dice, para aprovechar la leccion, si la considero útil, lo cual sucede las mas veces; y, merced á esta aficion particular mia, he tenido la singular satisfaccion de ver apreciadas rectamente mis intenciones por personas que ocupan un lugar preeminente en nuestra república literaria, y cuyas doctrinas me inspiran fé, porque las estimo verdaderas. Lástima es que algun periódico de los mas importantes de España extreme los términos de sus censuras has-

ta el punto de desvirtuar así lo que haya de bueno en sus principios!—Cuando en 1848 se representó *El 5 de Agosto* (adviértase que era mi primer drama original y que á la sazon mi edad apenas rayaba en los diez y nueve años) el periódico á que aludo, tratando de probar que tal obra era abominable y ridícula, dijo que *Adaleta* (uno de sus personajes) era consonante de *chuleta*, y otras bizarrías de igual calibre, bastantes á agostar en flor las ilusiones de cualquier otro que hubiera carecido de la incontrastable fé que profeso al arte y de mi amor al estudio. En el juicio crítico de *Angela* se dice que este drama *remueve el estómago*, y solo es *bueno para representarse en la plaza de los toros.* Quien fuese menos modesto que yo podría, no sin fundamento, dudar de la buena fé de semejantes censuras.

He dicho cuanto me parecia necesario decir. ¡Ojalá se me pueda aplicar algun dia el conocido aforismo del gran dramático aleman: *quien no se estima demasiado vale mas de lo que él propio se figura!*

22 de Noviembre de 1852.

Manuel Tamayo y Baus.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
ANGELA, de 18 años. . .	D.ª Teodora Lamadrid.
LA CONDESA ADELAIDA, de 30.	D.ª Maria Rodriguez.
MAGDALENA, de 50. . .	D.ª Lorenza Campos.
JULIETA.	D.ª Joaquina Garcia.
ARABELA.	D.ª Encarnacion Campos.
EL PRINCIPE DE SAN MARIO, Gran Chambelan, de 50 años.	D. Joaquin Arjona.
CONRADO, Capitan, de 23.	D. Manuel Ossorio.
EL MARQUES DE POMPILIANI, de 45.	D. Jose Calvo.
ARALDI, Médico de palacio, de 50.	D. Jose Garcia.
ALBERTO, de 60. . . .	D. Enrique Arjona.
FABIO CONTI.	D. Fernando Ossorio.
CABALLERO 1.°	D. Juan Fabiani.
IDEM 2.°	D. Mariano Serrano.
IDEM. 3.°	D. Esteban Moratilla.
UJIER.	D. Jose Bullon.

Un Capitan, Damas, Caballeros, Ujieres, Criados, Guardias.

La accion se supone en un gran Ducado de Italia, á principios del último tercio del siglo pasado.



ACTO PRIMERO.

Salon de Palacio: dos puertas á cada lado: las de segundo término cubiertas con tapices: otra en el foro, que es la de entrada.

ESCENA PRIMERA.

El Príncipe *y* Araldi *en un ángulo de la izquierda.*—Conti *y varios Caballeros en el lado opuesto.*—Damas *y* Caballeros, *sentados unos, otros formando corros.*

Cab. 1.° Estamos decididos á emplear todo nuestro influjo en pró de vuestras legítimas pretensiones.

Conti. No esperaba yo menos de amigos tan leales, si bien me reconozco indigno de tamaño favor.

Cab. 1.° Muerto el Baron de Albimonte, nadie tan acreedor como vos á subir al puesto que él ocupó con tanta gloria del pais.

Cab. 2.° Todos hablaremos á su Alteza, y en breve sereis nombrado primer Ministro.

Princ. (*A Araldi.*) ¿Oyes?

Araldi. Mas de lo que quisiera. (*Se retiran ambos al fondo.*)

Marq. ¡Oh, señoras! (*Saliendo por la puerta de la derecha: saluda á las damas con exageradas cortesías. Su traje debe ser muy rico.*)

CONTI. Dichoso vos, señor Marqués, que podeis penetrar en el aposento de su Alteza antes que nadie haya obtenido igual merced.

MARQ. Nuestra graciosa Soberana es tan amable, que me permite asistir diariamente á su tocador. Le participo cuanto ocurre en la capital, y pongo en su noticia el estado de la atmósfera. Soy... como si dijéramos... su termómetro.

CONTI. ¡Gran fortuna es la vuestra!

MARQ. En los breves instantes en que he tenido el honor de hablar con ella, se ha sonreido tres veces.

CAB. 1.º No es pequeño triunfo, porque su Alteza tiene por lo regular un gesto que intimida.

CAB. 2.º Y segun se cuenta es irascible hasta un punto imponderable.

MARQ. Yo os diré. Suele tener arrebatos de cólera espantosos.—Ayer mismo la ví hacer trizas un vestido, romper cuatro espejos, y arrojar una silla á la cabeza de un pobre ugier por no sé qué leve falta. Pero esto solo le sucede diez ó doce veces al dia, y cuando no está furiosa es una malva.

CONTI. Y ¿nunca se enoja con su favorita la Condesa Adelaida?

MARQ. ¡Oh, jamás! ¡Se quieren tanto!

CAB. 1.º Es particular.

MARQ. ¿Por qué razon? El Duque, que santa gloria haya, antes de morir hace tres años, cinco meses, diez dias y algunas horas, justamente cuando acababa de cumplir ocho lustros de edad, llamó á ambas junto á su lecho; y recomendando á la Condesa que velase con tierna solicitud por su hija, que pronto iba á quedar huérfana, ordenó á esta que siguiese los consejos de la otra y acatase sus preceptos. Hé aquí esplicado el estrecho vínculo que las une.

CAB. 1.º Mucho amaba el pobre Soberano á la Condesa.

MARQ. Amor! Sí, se dijo que el Gran Duque, siendo ya viudo, habia obtenido favores de la Condesa...

CAB. 2.º Todo el mundo lo aseguraba como cosa positiva... y aun creo habéroslo oido contar á vos mismo...

MARQ. Es posible. Era la conversacion de moda. Pero lo cierto es que nunca se debe creer mas que la mitad de lo que se dice.

CAB. 1.º Siempre vendremos á quedar en que...

CONTI. En que la mitad de lo que se dice no es muchas veces mas que la mitad. (*Se retira y habla con otros caballeros.*)

MARQ. La Condesa es un modelo de virtudes cristianas.

CAB. 1.° No lo negamos.

CAB. 3.° Y vos que todo lo sabeis, ¿podriais esplicarme por qué causa el señor Chambelan y Conti se estiman tan poco, cuando este era el mas próximo pariente de la difunta esposa de aquel?

MARQ. Vos mismo os habeis contestado. La Princesa de san Mário murió dando á luz un heredero de su nombre y sus cuantiosos bienes. En caso de que hubiese fallecido sin sucesion, Fabio Conti la hubiera heredado. Y ya se vé, al perder sus esperanzas cobró cierta ojeriza al Príncipe, que le paga en la misma moneda.

CAB. 1.° Sois el mismo diablo! (*Preséntase un Ugier en la puerta de la izquierda, y descorre el tapiz.*)

CAB. 3.° Ya podemos entrar á ver á la Duquesa. (*Entran en el aposento de la izquierda varias Damas y Caballeros.*

MARQ. Y nosotros á ver al Duque. (*Preséntase otro Ugier en la puerta de la derecha, y descorre tambien el tapiz.*)

CONTI. Vamos. Pasad. (*Deteniéndose para ceder el paso al caballero primero.*)

CAB. 1.° Despues del señor Ministro. (*Entran todos escepto el Príncipe y Araldi.*)

ESCENA II.

PRINCIPE *y* ARALDI.

PRINC. Conti primer Ministro! No lo será.

ARALDI. La nobleza lo quiere.

PRINC. Esos nobles que me rechazan de su seno, recordando que yo lo soy únicamente por haberme casado con una Princesa, y envidian al gran Chambelan! Yo les haré ver que puedo tanto como ellos.

ARALDI. Tambien lo quiere el Duque Soberano.

PRINC. Nada importa, si la Duquesa se opone.

ARALDI. Bien sé que su marido se somete humilde á cuanto ella exige; pero, querrá oponerse?

PRINC. El Duque obedece á su esposa, y esta es un ciego instrumento de esa altiva mujer que lo puede todo.

ARALDI. La Condesa, lejos de ser vuestra aliada, siempre ha manifestado hácia vos la mas pertinaz antipatía.

PRINC. Con pocas palabras te esplicaré lo que aun no comprendes. La Condesa ama con delirio á Conrado.

ARALDI. Será verdad?

PRINC. Sí: he sorprendido sus miradas...

ARALDI. Nunca me lo hubiera figurado.

PRINC. Anoche tuvimos una entrevista. Supuse que Conrado me enviaba para hacerle presente el vivo amor que por ella sentia. Su repentina palidez, su agitacion, me demostraron claramente que no me habia equivocado. Le hablé de mis pretensiones, prometió ayudarme, y voló al aposento de la Duquesa. Su Alteza me otorgó anoche mismo la mano de la Condesa para Conrado, diciéndome que el dia en que se firmase el contrato de boda de su muy amada Adelaida, firmaria el Duque su esposo un despacho nombrándome primer Ministro. Pobre Conti!... Y há poco estaba aquí entre una multitud de necios cortesanos ufanándose ya con el triunfo que juzga seguro!. Me causa lástima. Insensato... ¿No sabes que aún vivo yo?

ARALDI. ¿Ignora Conrado vuestro proyecto?

PRINC. Hoy se lo participaré.

ARALDI. Mas os valiera no decirle nada.

PRINC. ¿Has perdido el juicio?

ARALDI. Será inútil.

PRINC. Conrado obedecerá á su padre.

ARALDI. Es tan poco el afecto que os tiene, que á no estar ciertos de lo contrario, podríamos suponerlo iniciado en el secreto de que no lo sois.

PRINC. ¡Silencio!

ARALDI. Y ¿creeis que Conrado accederá á llamarse esposo de una mujer, que aun despues de muerto el Duque, es apellidada por el vulgo *la favorita*?

PRINC. ¿Te has propuesto desesperarme?

ARALDI. Quiero evitar que deis un golpe en vago.

PRINC. Déjame obrar.

ARALDI. Supongamos que no existe ese inconveniente: hay otro invencible.

PRINC. Cuál?

ARALDI. Conrado ama á una muchacha, pobre y humilde, pero linda como una perla.

PRINC. Cuando mas querrá gozar algunos dias de sus favores á costa de un poco de oro.

ARALDI. Os engañais.

PRINC. ¿Cómo puedes asegurarlo?

ARALDI. Oidme: yo tambien he amado. ¿Quién no rinde alguna vez en la vida tal tributo á la belleza de la mujer? Obligado por mi carácter de médico de palacio á guardar entera circunspeccion en un asunto de esta naturaleza, hice construir en mi casa una puerta secreta que comunicaba con una casita contigua, cuya salida daba á distinta calle. Allí habitaba el objeto de mi cariño, y aquella puerta, oculta á todas las miradas, era la discreta confidente de nuestras entrevistas. Todo acaba en el mundo. Me olvidó, la olvidé: partió, no sé á dónde; yo permanací á vuestro lado.

PRINC. Y ¿á qué viene esa historia?

ARALDI. La puerta secreta no se ha abierto desde entonces. Aplicando á ella el oido se percibe cuanto se habla en el aposento contiguo, y puedo aseguraros que Conrado solo ha obtenido de la florista Angela favores inocentes; puedo aseguraros tambien que ambos se aman con el mas ciego frenesí.

PRINC. ¿Acaso esa florista habita ahora...

ARALDI. La casa inmediata á la mia: justamente.

PRINC. (Dichosa casualidad.) Y ¿crees que un grano de arena puede ser valladar á la rueda de mi fortuna?

ARALDI. A veces hay una montaña, donde se cree ver un grano de arena.

PRINC. Una firme voluntad quebranta el hierro y deshace los montes.

ARALDI. ¿Cuál es vuestro propósito?

(*Pausa. El Príncipe dá algunos pasos pensativo.*)

PRINC. ¿Tiene algun otro galan esa muchacha?

ARALDI. Sí, el necio del Marqués de Pompiliani se ocupa en rondar su calle, pero infructuosamente.

PRINC. El Marqués es uno de esos entes que solo obran á impulsos de agena voluntad. Conrado es cándido: tiene una imaginacion exaltada...

ARALDI. ¿Quéreis infundirle zelos?

PRINC. Los zelos hijos del amor, son los únicos que pueden matar á su padre.

ARALDI. Os advierto que Angela tiene por Argos invencible una madre á quien adora.

PRINC. A quien adora... A veces solo hay un grano de arena donde se teme encontrar una montaña.

ARALDI. ¿Habeis hallado medio de vencer fácilmente?

PRINC. Pienso que sí. Un lazo indisoluble nos une: cuento contigo.

ARALDI. Como siempre.

PRINC. Silencio: ya salen.

ESCENA III.

DICHOS, *el* MARQUES.—*Los Caballeros y Damas que entraron en los aposentos de los Duques salen, y despues de saludar al Príncipe se retiran por la puerta del foro. Los Ugieres corren los tapices y desaparecen tambien.*

MARQ. Qué iniquidad, carísimo Príncipe, qué horror!

PRINC. ¿Qué os ha pasado?

MARQ. Voy á decíroslo.

PRINC. *(A Araldi ap.)* Déjame solo con él.

ARALDI. (¿Vuelvo?)

PRINC. (Sí.)

ARALDI. Adios, señor Marqués. (*Váse Araldi, y quedan solos el Príncipe y el Marqués.*)

MARQ. Siempre vuestro, doctor.

PRINC. Ya os escucho.

MARQ. Todos, todos á una voz han pedido á su Alteza que nombre á Fabio Conti primer Ministro.

PRINC. Y eso os alarma?

MARQ. ¡Friolera! Somos enemigos mortales.

PRINC. Nada sabia.

MARQ. ¿Os acordais de aquel magnífico y al par desastroso baile que se dió há dos años con motivo del enlace de la Duquesa?... Pues bien, en aquella espantosa noche se le cae á su Alteza al suelo el abanico. Todos se lanzan á recogerlo; yo, como mas diestro, lo logro antes; pero al levantar la cabeza, ¡plaf! choco con las narices de Conti, pierdo el equilibrio, tropiezo, y doy de bruces en la alfombra. El se aprovecha de esta coyuntura, ¡ya veis qué villanía! me arranca el abanico de entre las

manos, y se lo presenta á su Alteza, que le dá las gracias con la sonrisa mas expresiva que os podeis imaginar... Yo me levanto furioso, corro á disputar á Conti aquella sonrisa, y su Alteza al verme prorumpe en ruidosas carcajadas, y lo mismo cuantos se hallaban presentes. ¡Ay, amigo! rubor me cuesta el confesároslo: mi peluca habia ido á parar á dos varas de distancia con la violencia del golpe!... ¿Qué tal?... Desde entonces nos tenemos declarada guerra á muerte.

PRINC. Pobre Marqués!

MARQ. ¡Y si ahora le nombran primer Ministro!... Vos tambien sois enemigo suyo, y debemos...

PRINC. Tranquilizaos: aun no se han realizado las esperanzas de Conti.

MARQ. ¿Y creeis...

PRINC. Nada temais por ahora.

MARQ. Respiro.

PRINC. Y ¿de qué mas han hablado con su Alteza?

MARQ. De nada mas... ¡Ah! sí; de la espedicion de dos mil soldados que saldrá pasado mañana, en bien pertrechadas naves, contra el crecido número de buques berberiscos que recorre nuestros mares causando todo género de daños.

PRINC. Venid y sentaos: deseo conversar un rato con vos.

MARQ. ¡Tanto honor! (*Sentándose al lado del Príncipe.*) Ah señor Chambelan, cuánto os envidio la honra de vivir en Palacio. Lástima es (*Mirando el reloj*) que solo pueda permanecer á vuestro lado breves instantes. El caballero español Mendoza me invitó ayer á probar unos vinos de Málaga y Jerez que acaba de recibir. La encantadora Laura me ha rogado que vaya á comer con ella. ¿Estuvísteis anoche en el teatro? Qué bien bailó!.. ¡Es hechicera! ¡Aquel par de piececitos vale un millon! El Príncipe ruso Puffkof dá un baile magnífico esta noche... Tengo que hacer varios preparativos... Su mujer es bellísima, y segun ciertos presentimientos... Ya sabeis que gozo de gran partido con las damas. Ademas estoy en deuda de mas de veinte visitas. ¡Ya se vé, los hombres de alguna importancia, como yo, estan siempre llenos de negocios!... Lo siento, Príncipe mio, pero apenas puedo (*Mirando otra vez el reloj*) disponer de veinte minutos.

PRINC. ¿No os ha dicho nada la Duquesa acerca de...

MARQ. ¿Acerca de qué?

PRINC. ¿Acerca del enlace de la Condesa Adelaida?

MARQ. ¡Se casa!

PRINC. Sí.

MARQ. ¿Con quién?

PRINC. Todavía es un secreto.

MARQ. Me vais á hacer morir de curiosidad, y sentiría que otro lo averiguase antes que yo.

PRINC. Descuidad.

MARQ. Será preciso casarse: los solterones hacemos ya mal papel en Palacio.

PRINC. ¡Casaros vos! el afamado seductor, el espanto de los maridos!

MARQ. ¡Oh! Soy el niño mimado de las damas.

PRINC. Ahora recuerdo... ¿Sabeis que anoche se dijo en el aposento de su Alteza que vuestra fama de galanteador afortunado es una usurpacion?

MARQ. ¿Y quien fué el mentecato...

PRINC. Varias damas se reian á costa vuestra.

MARQ. ¡Eh!

PRINC. Asegurando que há ya largo tiempo correis desalado tras una chicuela que desprecia vuestros obsequios...

MARQ. ¡Ya caigo! La florista Angela! Todo se sabe!

PRINC. Y añadian que teneis un rival preferido.

MARQ. Ese rival es vuestro hijo Conrado.

PRINC. Lo sabia tambien. Yo os defendí, como era natural, y aposté en vuestro nombre mil escudos á que antes de tres dias habíais conseguido rendir á esa rebelde hermosura.

MARQ. Aventuradilla me parece la apuesta.

PRINC. ¿Y sois vos el temible seductor? ¡Vergüenza me dá el oiros!

MARQ. No desespero sin embargo... Al Marqués de Pompiliani no se le hace un desaire tan fácilmente.

PRINC. Y os lo advierto; vais á servir de mofa á todo el mundo.

MARQ. ¡Es verdad!

PRINC. Tal vez á perder vuestro influjo en Palacio.

MARQ. ¡Pudiera ser!..

PRINC. Ni espereis despues de tal desastre obtener la menor victoria.

MARQ. ¡No tanto, amigo, no tanto!

PRINC. ¿Cuál de nuestras lindas cortesanas os ha de otorgar su amor, si una plebeya os le rehusa?

MARQ. (¡Tiene razon!)

PRINC. Las mujeres son así: ven que un hombre es amado, todas desean su cariño: ven que es desdeñado, todas le desdeñan.

MARQ. (*Levantándose.*) Si yo pudiera introducirme en casa de esa muchacha en ocasion en que estuviese sola...

PRINC. Nada mas fácil.

MARQ. ¿Fácil?

PRINC. ¿Puedo contar con vuestro sigilo?

MARQ. Como con el de un muerto.

PRINC. Pues hoy mismo os vereis dentro de su casa y á solas con ella.

MARQ. ¡Oh incomparable amigo!

PRINC. Deseo ayudaros.

MARQ. ¡Venceré!

PRINC. ¿Le habeis hecho algun presente?

MARQ. Ninguno: le compraré un aderezo y se lo llevaré hoy.

PRINC. Hoy no: primero ved cómo se presenta... y á la segunda entrevista...

MARQ. Corriente... ¡Oh! (*Mirando el reloj.*) ¡Mendoza que me estará esperando! Hacer esperar á un caballero español que tiene la bondad de convidarle á uno á probar vinos de su tierra!.. ¿Qué disculpa le daré?.. Adios, Príncipe! Vive cerca, y en mi coche que me espera abajo... Vuelvo en seguida para llevar á cabo nuestro plan... ¡Asegurar que mi fama es una usurpacion!... Envidia, ruin envidia y nada mas! Oh! yo les haré ver... (*Sale precipitadamente por el foro con el sombrero debajo del brazo.*)

ESCENA IV.

EL PRINCIPE, *en seguida* UN UGIER, *despues* CONRADO.

PRINC. Para que un necio no fuese presumido, seria menester que el necio no fuese necio. ¡He ahí los escalones colocados en los palacios para facilitar la elevacion de los hombres de talento!—(*Toca una campanilla y se presenta un Ugier en la puerta del foro.*) El capitan Conrado está de guardia. Decidle que el Príncipe su padre le aguar-

da aquí. (*El Ugier saluda y váse.*) Este enlace es indispensable. Solo así lograré vencer la inesplicable antipatía de la Condesa: solo así se decidirá su Alteza á arrostrar el poderoso influjo de Conti en todo el Ducado, otorgándome lo que él tan ardientemente ambiciona. Hé aquí el colmo de todos mis afanes; el último paso en el camino que emprendí ignorado y miserable.—¿Y he de retroceder ahora porque el capitan Conrado se haya enamorado de la florista Angela?—Adelante.

CONRA. (*Desde la puerta del foro.*) ¿Me habeis mandado llamar?

PRINC. Sí, hijo mio. (*En tono afable.*) Acércate. (*Conrado obedece.*) Apenas te veo.—¿Por qué te alejas de un padre que tanto te quiere?

CONRA. ¡Me lo habeis dado á conocer tan pocas veces!

PRINC. ¿Y qué valen esas demostraciones pueriles que nada prueban?

CONRA. ¡O señor! todo afecto legítimo busca con avidez ocasion de manifestarse.

PRINC. Te he mandado llamar, porque tengo que hablarte de un asunto muy interesante para tí. Prueba de ternura es en el padre procurar el engrandecimiento del hijo.

CONRA. ¿No soy ambicioso.

PRINC. Lo sé: necesitas una mano que te eleve.

CONRA. Mas bien una mano que me acaricie.

PRINC. Eres el heredero del nombre de tu madre, y es fuerza que tu posicion en la corte se consolide de una vez y para siempre.

CONRA. ¿No tengo ya un grado militar que otros no logran, sino despues de haber encanecido en los campos de batalla?

PRINC. En los palacios, hijo mio, no dar un paso adelante equivale á darlo hácia atrás.

CONRA. Nada me importa retroceder.

PRINC. ¿Cuál es pues el objeto de tu vida?

CONRA. No envidiar, no ser envidiado.

PRINC. ¡Jóven! los necios tan solo gozan de ese bien.

CONRA. En mi pecho hay cabida para todo sentimiento noble y puro: mi cabeza rechaza toda idea de ambicion.

PRINC. Si de ti dependiera, vivirias contento entre el polvo de la plebe.

CONRA. Tal vez me parecería preferible á vivir entre el fango de la corte.

PRINC. Recuerda el lugar en que nos hallamos.

CONRA. Descuidad: las paredes de los palacios estan acostumbradas á oir maldecir de sus dueños.

PRINC. *(Afectuosamente.)* A pesar tuyo quiero hacerte dichoso. Tal es mi obligacion. He decidido casarte.

CONRA. ¡Casarme!

PRINC. Ya he pedido para ti la mano de una ilustre y poderosa dama que es el mejor partido de la corte.

CONRA. (Cielos!)

PRINC. Dentro de breves dias se verificará la boda. Así lo quiere su Alteza que es la mayor amiga de esa dama.

CONRA. ¡Su nombre! Su nombre!

PRINC. La Condesa Adelaida.

CONRA. ¡Cómo!... ¡la Condesa mi esposa! ¿Y sois vos quien me lo propone?.. No; no puede ser.

PRINC. ¿Por qué razon?

CONRA. ¡Qué! ¡Pretendeis acaso que vuestro hijo se llame esposo de esa mujer! Rocordad que en vida de nuestro anterior Soberano fué condenada por el irrecusable fallo del mundo! Recordad... Pero me exalto sin razon... No, no es posible, lo repito. Habeis querido burlaros de mí.

PRINC. ¿Y te atreves á dar crédito á tan infundadas hablillas? Esa es una fábula inventada por el vulgo.

CONRA. Hay ocasiones en que la deshonra aparente es tambien deshonra.

PRINC. ¿Así premias mis esfuerzos?

CONRA. Desistid de tan desacordado empeño: os lo ruego por la memoria de mi madre.

PRINC. La mujer que te doy es bella.

CONRA. En el rostro nada mas.

PRINC. Rica.

CONRA. No de virtudes.

PRINC. Noble.

CONRA. No de corazon.

PRINC. Acuérdate de que soy tu padre.

CONRA. Tomad mi vida que os pertenece: el honor es emanacion del alma, y el alma pertenece á Dios.

PRINC. ¡Conrado! Estoy decidido á hacerme obedecer: me obedecerás. ¡He ofrecido que serás esposo de esa dama: lo serás!

CONRA. ¡No, y mil veces no!

PRINC. *(Acercándose á Conrado y poniéndole una mano sobre el*

hombro.) Si antes de dos horas no has accedido á mis justos deseos, me dirigiré yo propio á casa de una florista llamada Angela, y ella tal vez pueda informarme de la verdadera causa de tu negativa.

CONRA. ¡Cómo! ¿Qué decís?

PRINC. ¡Mentecato! Creias que yo ignoraba...

CONRA. ¡Cielos!

PRINC. ¿Por qué tiemblas? ¿Qué ha sido de tanto arrojo y decision?

CONRA. Oidme.

PRINC. ¡Ay de tí! Ay de ella si no me obedeces.

CONRA. Pues bien: no os han engañado: (*Como tomando una firme resolucion.*) esa jóven es la única que tiene derecho á llamarse esposa mia.

PRINC. ¡Conrado!

CONRA. Esta es mi última determinacion. Haced de mí lo que querais. (*Dirigiéndose hácia el foro.*)

PRINC. Detente.

CONRA. Es preciso poner término á este altercado. El cielo os guarde, señor. (*Váse por la izquierda.*)

PRINC. ¡Oh ! miserable! (*Siguiéndole hasta que se encuentra con el Marqués.*)

ESCENA V.

EL PRINCIPE, *el* MARQUES, *á poco* ARALDI.

MARQ. ¡Qué néctar, Príncipe mio, qué néctar! Un Málaga delicioso! Un Jerez divino!.. Si ahora pudiera ver á mi rebelde florista, yo le aseguro...

PRINC. Dentro de una hora os conducirá Araldi á su casa.

MARQ. ¡Ola, el Doctor! Mirad qué precioso aderezo he comprado al paso. (*Mostrándole uno que saca del bolsillo.*) En cuanto ella vea brillar los diamantes...

PRINC. Y ya puedo deciros quién se casa con la Condesa.

MARQ. ¿Quién es el afortunado mortal?..

PRINC. Mi hijo Conrado.

MARQ. Magnífico: ántes de quince dias será general.

PRINC. Vos sois el primero que lo sabe y...

MARQ. ¡Qué dicha! Voy á contárselo á todo el mundo.

PRINC. Si, sí, corred: no vaya otro á averiguarlo y se os adelante...

MARQ. No faltaba mas: antes de veinte minutos no habrá vicho viviente que no lo sepa. (*Dirígese corriendo hácia la puerta del foro y choca con Araldi que entra: le alarga la mano y se aleja.*) Hasta luego, Doctor. (*Volviendo.*) ¡Ah! Conrado se casa con la Condesa. (*Váse precipitadamente.*)

ARALDI. ¿Qué habeis logrado?

PRINC. Sígueme y lo sabrás. (*Dirígese, seguido de Araldi, hácia la puerta de la derecha del primer término.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion humilde en casa de Angela: puerta al foro, que es la de entrada: dos á la izquierda: á la derecha un balcon en primer término: mas allá una puerta secreta: mesas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANGELA *aparece sentada cerca de una mesa, haciendo flores artificiales que coloca en un canastillo: poco despues* MAGDALENA *entra por la puerta del foro.*

ANGELA. ¡Cuánto tarda hoy! —Estará de guardia en palacio.— ¡Qué largas son las horas contadas minuto por minuto!—¡Conrado! ¡Conrado!—En este momento en que yo pienso en él, él pensará en mí, y pensar en él es como verle; recordar sus palabras es como oirle.—¿Por qué no he nacido digna de tí?

MAGD. (*Entrando.*) ¡Angela! ¡Angela!

ANGELA. ¡Mi madre!

MAGD. Acércame una silla.

ANGELA. (*Acercándola.*) ¡Qué agitada venís!

MAGD. Sí; me he cansado bastante. (*Sentándose.*)

ANGELA. ¡Oh! no; algo os ha sucedido.

MAGD. Pues bien, no te engañas. Vengo de muy mal humor.

ANGELA. ¿Acaso se ha negado alguna dama á satisfaceros el importe de flores hechas por mí?—No os apureis por eso.

MAGD. Sí, sí; de flores se trata ahora.

ANGELA. ¿Pues de qué?

MAGD. De una noticia que he oido dar en la calle.

ANGELA. ¡Una noticia!

MARQ. Que corre de lengua en lengua.—¡Ya se vé, el hijo de un Príncipe!

ANGELA. ¿Hablais de Conrado?

MAGD. Del mismo, señorita, del mismo. (*Levantándose.*)

ANGELA. ¿Qué sucede?

MAGD. (*Haciendo esfuerzos para mostrarse severa.*) Vas á saberlo al instante... y te advierto que estoy decidida á hacerme obedecer... y cuidado conmigo... Pero (*Cambiando de tono y afectuosamente.*) prométeme no alarmarte, ni...

ANGELA. ¿Le amenaza algun peligro?...

MAGD. ¡Eso es!... ya estás fuera de tí. (*Yendo de un lado á otro de la escena.*)

ANGELA. ¡No os enojeis!

MAGD. Desde que ayer descubrí el secreto de vuestro insensato amor, hice propósito de poner término á tal desvarío, aunque aparentemente cedí á vuestras súplicas.—Hoy es preciso tomar una resolucion pronta, terminante. ¿Lo entiendes? Y no hay que venirme con lloriqueos... ¿Estamos?

ANGELA. Nunca me habeis reñido así.

MAGD. ¿Quién se lo hubiera figurado al verle ayer arrojarse á mis pies, besar mis manos, llorar como un chiquillo?... Vamos, que me enterneció y no tuve valor para plantarle en la calle... ¡Y en tanto el muy bribon!...

ANGELA. ¿En qué ha podido ofenderos hoy?

MAGD. Yo me entiendo. Con que lo dicho: ese jóven no ha de pisar mas esta casa.

ANGELA. ¡Madre!

MAGD. ¡Silencio! nada oigo. Alguna vez se ha de hacer lo que yo mande.

ANGELA. ¿Pero qué es lo que habeis oido decir en la calle?

MAGD. (*Parándose y con decision.*) Conrado...

ANGELA. ¿Qué?

MAGD. Va á contraer matrimonio con una dama de palacio.

ANGELA. ¡Oh!... ¡Os han engañado! ¡No puede ser!

MAGD. (*Sentándose.*) Enhorabuena: lo que yo quiero es que hoy mismo le despidas.—Que no vuelva, que nos deje en paz.

ANGELA. ¡Si fuese cierto!

MAGD. (*Levantándose y haciendo sentar á su hija.*) ¿Qué es eso? Te pones pálida. Ven: siéntate aquí. Vamos, juicio, tranquilízate. Como tú has dicho muy bien pueden haberme engañado.

ANGELA. (*Levantándose y abrazándola.*) ¡Madre mia!

MAGD. Sí; yo bien conozco... pero si Conrado no ha de ser nunca esposo tuyo, ¿qué otro recurso te queda? ¿Qué loca esperanza puedes abrigar?

ANGELA. Acaso ¿no puedo amarle mientras me dure la vida sin que mi conciencia tenga nunca que reconvenirme la mas leve falta? ¿Renunciar á su cariño? Conozco que no me será posible. Me vió, le ví, y nuestras almas quedaron unidas para siempre: para siempre madre mia! Quísolo así el Dios protector de los que nacen para amar y ser amados.

MAGD. Reflexiona, desdichada, que su padre es inexorable; y si llegase á averiguar...

ANGELA. ¿Qué haría?

MAGD. Separaros.

ANGELA. ¿Y cómo se separan los corazones?

MAGD. Puede tambien castigarte severamente.

ANGELA. No convertir el amor en odio.

MAGD. Conrado cedería al fin al mandato y la amenaza.

ANGELA. ¡Conrado no me olvidará nunca!

MAGD. Eso es: complácete en atormentarme.—Vive una veinte años adivinando los deseos de una hija, enjugando su mas infundada lágrima á costa de cualquier sacrificio, temblando siempre por ella, afanándose por ella sin cesar. Un dia acierta á pasar por delante de los balcones de la niña un jóven que la mira dulcemente: murmura á la primera ocasion cuatro halagüeñas frases á su oido, y la pobre anciana se vé privada al punto de su único bien en la tierra, el cariño de su hija. Si le advierte el riesgo que la amenaza, sino la deja correr á una perdicion segura, pronto se la oye exclamar: «madre inclemente, madre tirana.» Al tierno consejo opone el mas frio desden: al justo mandato la resistencia mas tenaz, y á veces llega á maldecir á la que le ha dado el ser.

ANGELA. ¡Por piedad!...
MAGD. Es muy natural: el galan que se presentó ayer á sus ojos, vale mas que la madre que ha envejecido amándola.
ANGELA. No mas; no mas. Hoy mismo le daré mi último adios.
MAGD. (*Abrazándola.*) Sí, sí, hija mia; es preciso: no hay otro remedio... En caso contrario crees que yo...

ESCENA II.

DICHAS *y* JULIETA.

JULIETA. Señora.
MAGD. ¿Qué hay?
JULIETA. Un hombre ha venido á decir que una dama que vive en la calle de San Florencio, número quince, desea ver á la señora Magdalena para hacerle un encargo.
MAGD. ¿A mí? ¿Qué me querrá?... ¡Ya caigo! Flores para algun adorno. ¡Vaya un paseo! No importa. Voy corriendo. No estamos en el caso de descuidar nuestros intereses. Julieta me acompañará. Y en cuanto venga ese señor... ya sabes... lo que te he dicho. (*Retírase.*)
ANGELA. Fiad en mí.
MAGD. (*Besándola.*) Vamos; un beso y á no llorar. (*Volviendo.*) ¡Te quiero tanto! Bien lo sabes. Ven conmigo hasta la puerta y allí te daré otro abrazo. (*Vánse.*)

ESCENA III.

MARQUES, ARALDI.

ARALDI. (*Abriendo con gran precaucion la puerta secreta.*) Entrad: ya se han ido.
MARQ. Puerta es esta, querido Doctor, á que muy bien pudiera llamar puerta de mis esperanzas.
ARALDI. Os dejo: mi presencia está aquí demas.
MARQ. ¿Con que la señora Magdalena tardará en volver? (*Deteniéndole.*)
ARALDI. Sin duda.
MARQ. No perdais de vista á Conrado. (*Se repite el mismo juego.*)
ARALDI. ¿Teneis miedo?

MARQ. ¿La prudencia es miedo por ventura?

ARALDI. Adios, pues. Os deseo buena suerte.

MARQ. Ya os contaré despues...

ARALDI. Vamos á avisar al Príncipe. (*Vase por la puerta secreta, y cierra.*)

ESCENA IV.

MARQUES, *á poco* ANGELA.

MARQ. Héme ya en campaña. ¡Ahora veremos, encantadora plebeya, si eres capaz de desairarme!.. Triunfaré... ¿Quién lo duda?—Sería la primera que hubiese podido resistir al atractivo de mi persona.... Ya viene... ¡Llegó el momento! (*Yendo á su encuentro.*)

ANGELA. ¡Ah! ¿Quién sois? ¿Por dónde habeis entrado? ¿Qué quereis?

MARQ. Soy el Marqués de Pompiliani, uno de los primeros nobles de la corte, como ya debes saberlo: he entrado... por alguna parte, puesto que estoy aquí; y quiero... lo que ya te han dicho mis miradas: que me quieras.

ANGELA. Reportaos, caballero.

MARQ. Sobrada esquivez me parece la tuya, y te digo francamente...

ANGELA. Lo que yo os digo, caballero, es que salgais al punto de esta casa.

MARQ. No es poco decir.

ANGELA. ¿A qué esperais?

MARQ. ¡Bá! No te hagas la desdeñosa, picaruela: si al fin y al cabo has de volverte loca de amor por mí.

ANGELA. ¡Ese lenguage!...

MARQ. Efectivamente, no es el mas propio en esta ocasion. Pero me resta añadir que soy rico, muy rico.

ANGELA. Callad: me avergonzais.

MARQ. (¡Cuánto melindre!)

ANGELA. Salid.

MARQ. Esto ya es demasiado; y un hombre de mi alcurnia...

ANGELA. Es el mas despreciable de todos, si lo ilustre de su apellido solo sirve de máscara á la ruindad de su pecho.

MARQ. (No, no es muda la niña. Vamos; esta es de aquellas que ponen el grito en el cielo si algo se les pide, y que nada dicen si uno...)

ANGELA. Si persistís en quedaros, yo seré la que... (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*)

MARQ. Reconozco mi error: te he ofendido y en señal de arrepentimiento voy á darte un abrazo.

ANGELA. (*Deteniendo al Marqués.*) Apartad.

MARQ. ¡Ingrata! Si tú supieras el regalo que pienso hacerte!

ANGELA. ¡Caballero!...

MARQ. Y has de prometerme olvidar á ese badulaque de Conrado que no te ama, que te está engañando como á una tonta. Y si no te deja pronto en libertad, lo he resuelto, muere á mis manos.

ANGELA. Salid, ó doy voces por este balcon. (*Asomándose á él.*) ¡Cielos!

MARQ. (*Asomándose tambien.*) ¿Qué es eso? ¡Oh! Conrado viene hácia aquí. (Buena la hemos hecho.) Si salgo me verá.—(*Acercándose á la puerta secreta y empujando con disimulo.*) (Han cerrado por dentro.)

ANGELA. ¡Huid, huid!

MARQ. ¡Huir yo!... Si hubiese algun aposento donde poder ocultarme...

ANGELA. (Si le halla aquí, su furor nos comprometerá á todos.)

MARQ. No por miedo, no; al contrario. El es atrevido... Yo... yo me conozco bien, y quiero evitar una desgracia.

ANGELA. Corro á su encuentro. Escondeos ahí. (*Indicando la puerta de la izquierda mas cercana al proscenio. Vase.*)

MARQ. Si me descubre hará un disparate. Estoy seguro. (*Entra precipitadamente y cierra la puerta.*)

ESCENA V.

ANGELA, CONRADO, *y* ALBERTO, *sostenido por ambos.*

CONRA. ¡Animo!

ALBER. Gracias, hijo mio, gracias.

ANGELA. (*Acercando una silla.*) Sentaos.

CONRA. Figúrate que le he encontrado en el portal estenuado de hambre y de fatiga, próximo á desfallecer.

ANGELA. ¡Pobre anciano! Venid á aquel aposento: os daré algun refrigerio, y despues podreis dormir.

ALBER. ¡Oh! no tengo fuerzas (*Va á levantarse y vuelve á caer en la silla.*) para ponerme en pié. He andado tanto hoy

para llegar hasta aquí: he sentido tal emocion al pisar el suelo que me vió nacer.

CONRA. ¿Venís de fuera?

ALBER. Vengo de Escocia, donde he estado preso veinte años: veinte, hijos mios.

CONRA. ¿Cuál fué vuestra culpa?

ALBER. Cuando Españoles y Franceses luchaban encarnizadamente en Italia contra Ingleses y Austriacos, formé parte de las tropas de los primeros. En un reñido combate tuve la fortuna de matar por mi propia mano á un famoso general inglés, y la desgracia de caer prisionero. Llamado por su gobierno el regimiento que me tenia en su poder, fuí arrastrado á Inglaterra entre otros muchos que se hallaban en mi misma situacion.

CONRA. ¡Infeliz!

ALBER. A pesar de haber terminado la guerra, he permanecido en un calabozo, olvidado de los hombres.

CONRA. Pero al fin...

ALBER. Sí, al fin me han dicho: «anda, si puedes, y mendiga un pedazo de pan.»

CONRA. Yo procuraré que nada os falte. Vamos, venid y descansad un momento.

ALBER. Dios os lo premie, caritativas criaturas.

ANGELA. No hay mayor consuelo para un pobre que el de socorrer á otro que lo sea mas.

(*Ambos ayudan á levantarse á Alberto y le conducen á la puerta de la izquierda de segundo término. Conrado vuelve á aparecer en seguida. El Marqués entre abre la puerta del cuarto en que se hallan.*)

MARQ. Parece que se van... (*Al ir á salir vé á Conrado, entra precipitadamente en el mismo aposento, y cierra la puerta.*) Si pudiera escurrirme... ¡Oh!

ESCENA VI.

CONRADO, *á poco* ANGELA.

CONRA. ¡Eh! me pareció oir hácia ese lado... Tal vez la señora Magdalena que acabará de entrar... ¡Yo que esperaba poder hablar á solas con Angela!—¡Cuán buena! ¡Cuán hermosa! ¡Y quieren que te olvide, que renuncie á tu

amor! ¡Antes á la luz, al aire que respiro!—¡Oh! (*Á Angela que sale del aposento en que antes entró con Alberto.*) Ven, siéntate á mi lado. (*Se sientan.*) Dame tu mano. (*Asiéndosela.*) ¿Me amas?

ANGELA. (¡Y ese hombre que nos estará escuchando!)

CONRA. ¿No me respondes? ¿Estás distraida? ¿Qué tienes?

ANGELA. Yo... nada.

CONRA. Quieren que te olvide, que me una á otra mujer.

ANGELA. Ya lo sabia: esa noticia ha llegado hasta este humilde albergue.

CONRA. Y ¿así me lo dices, cuando por tí acabo de esponerme á la cólera de mi padre, á la de nuestros Soberanos; cuando creí que al saberlo se iba á hacer mil pedazos tu corazon?

ANGELA. Mi madre me ha mandado que hoy os vea por la última vez.

CONRA. Angela, ¿quiéres hacerme aun mas desgraciado?

ANGELA. Quiero obedecer á mi madre.

CONRA. Bien lo veo: estás celosa. ¡Celosa tú! Ingrata: júzgame por tí misma. Nada temas. Mi padre quiere convertirme en ciego instrumento de su ambicion, y tambien las leyes del honor autorizan mi desobediencia. Parece mentira que ese hombre me haya dado el ser, y, á poderlo dudar, creo que lo dudaría. No hay en el mundo dos seres mas diferentes, mas incompatibles: él y yo somos los dos polos opuestos de la raza humana. Es un crímen que pesa sobre mi conciencia como una roca, que como fantasma aterrador me persigue durante el dia y se me aparece en sueños; pero, á pesar de todos mis esfuerzos, no está en mi mano el evitarlo.

ANGELA. ¡Calla, por Dios!

CONRA. ¡Oh! tú eres, tú, Angela mia, el único lazo que me liga á la existencia. Ni amenazas, ni castigos podrán romperle. Por cada palabra tuya, una nueva lucha; por cada caricia, un nuevo tormento. Y si hay en tí decision bastante, habla: mañana, hoy mismo salimos del Ducado: tu madre, que ya lo es mia tambien, vendrá con nosotros. Cualquier rincon de la tierra nos dará abrigo: la mirada protectora de Dios abarca el mundo entero.

ANGELA. Ya os lo he dicho, Conrado: hoy nos vemos por la última vez.

CONRA. Angela ¿qué significa esto?
ANGELA. Tal es la voluntad de mi madre.
CONRA. ¡Estoy soñando! Tú no eres la misma. No importa: voy á hablar á tu madre. (*Dirigiéndose á la puerta del aposento en que se halla el Marqués.*)
ANGELA. ¡Detente! (*Dando un grito y corriendo á cerrarle el paso.*)
CONRA. ¡Qué zozobra! ¡Qué agitacion!
ANGELA. Mi madre ha salido. (*Mirando hácia la puerta sin poder calmar su ansiedad.*)
CONRA. Pues antes me pareció haber oido ruido en ese aposento.
ANGELA. (¿Qué le diré?)
CONRA. ¿Por qué miras tanto hácia esa puerta?
ANGELA. ¡Yo!
CONRA. Permíteme entrar en ese aposento. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Es un capricho.
ANGELA. ¡Imposible! (*Poniéndose delante.*)
CONRA. Ahora mismo. (*Asiéndola de un brazo y separándola.*)
ANGELA. Todo te lo diré.
CONRA. Nada quiero que me digas.
ANGELA. Oye.
CONRA. Nada oigo. Aparta. (*La rechaza violentamente y abre la puerta.*)
ANGELA. ¡Oh!
CONRA. ¡Cielos! ¡Un hombre!
ANGELA. Es...
CONRA. Salid, caballero.

ESCENA VII.

DICHOS, *el* MARQUES.

MARQ. (Valor!)
CONRA. ¿Qué haceis aquí?
ANGELA. Moderad vuestra cólera.
CONRA. No vos, el Marqués es quien debe contestar.
MARQ. Y sepamos, ¿con qué derecho me haceis esa pregunta?
CONRA. Figuráos que es con el de la fuerza.
ANGELA. ¿Quereis deshonrarme con un escándalo?
MARQ. No diré una palabra.

CONRA. Pues bien, seguidme.
MARQ. ¿A dónde?
CONRA. ¡Sois un cobarde!
MARQ. Poco á poco.
CONRA. Venid.

ESCENA VIII.

DICHOS, MAGDALENA, *á poco* JULIETA.

MAGD. ¿Quién dá voces en mi casa?
ANGELA. ¡Mi madre!
CONRA. Preguntaba á este caballero el objeto de su visita.
MAGD. (*Al Marqués.*) ¿Sois vos por ventura el que me ha enviado un falso aviso que me ha obligado á ausentarme?
MARQ. Yo... os aseguro...
MAGD. Angela, ¿qué ha sucedido?
ANGELA. Hoy es dia de desgracias: quiera el cielo que esta sea la última.
JULIETA. (*Entrando.*) Señora, señora: vengo muerta.
MAGD. ¿Qué ocurre?
JULIETA. No bien acabábamos de entrar, cuando se han presentado á la puerta varios hombres, mandando abrir en nombre del Príncipe de San Mário.
CONRA. ¡Mi padre!
ANGELA. ¡Gran Dios!
MARQ. (¿Qué vendrá á hacer aquí?)
JULIETA. ¿Qué debo hacer?
CONRA. Abrir la puerta.
MAGD. ¿Qué otro recurso nos queda? (*Váse Julieta.*) Lo habrá descubierto todo. (*A su hija.*) ¿Qué te decia yo?
ANGELA. Ocultáos.
CONRA. Abandonaros en el momento del peligro. ¡Nunca!
MAGD. Ocultáos, caballero. ¡Yo hablaré á vuestro padre!
CONRA. ¡Mi deber es defenderos!
MARQ. (Buena se vá á armar.)
CONRA. Corro yo mismo á recibirle. (*Dirigiéndose hácia la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

Dichos, *el* Principe *y su comitiva:* Alberto, *que sale del aposento en que se hallaba y se queda como estupefacto al ver al Príncipe.*

Princ. Seguro estaba de encontraros aquí. (*A Conrado desde la puerta del foro.*)

Alber. ¡Cielos! ¡El es! (*Se queda retirado cerca del fondo.*)

Magd. Vuestra Excelencia me permitirá que le diga...

Princ. (*Bajando al proscénio.*) ¿Sois la madre de la jóven que está presente?

Magd. Si señor.

Princ. Y vos, señor Marqués, ¿sois tambien amante de esa muchacha?

Conra. ¡Padre!

Angela. ¡Dios mio!

Marq. (¡Pues me gusta! Cuando él ha sido quien...)

Princ. (*A Angela.*) ¿Sabíais que este jóven es hijo mio?

Angela. Lo sabia.

Princ. ¿Os ha dicho que os ama?

Conra. Mil veces á sus piés.

Princ. ¿Y no temblais al veros en mi presencia?

Angela. El inocente no tiembla, y... ya lo veis... no tiemblo.

Magd. Yo no lo he descubierto hasta ayer, y hoy debian verse por la vez postrera.

Princ. ¿Creeis que puedo dar crédito á semejante enredo? (*Magdalena empieza á romper un pañuelo con las manos.*)

Conra. ¡Por compasion!

Princ. Sígueme: sal para siempre de una casa donde se tolera la presencia de dos amantes.

Magd. ¡Qué estais diciendo!

Marq. (Pero ya sabeis que si yo...) (*Al Príncipe.*)

Princ. (Silencio.) Por esta vez os perdono; pero el castigo será doblemente severo si en lo sucesivo no poneis enmienda en vuestra conducta.

Conra. ¿Y sois vos? ¿Mi padre?... ¡Detesto la vida que me habeis dado!

Angela. Salid, Conrado: yo soy quien os arroja para siempre de esta casa.

Princ. Añadid este oro al que (*Arrojando una bolsa sobre la*

mesa.) os haya dado mi hijo, y no hay que hablar mas del asunto.—Sígueme. (*A Conrado, dirigiéndose hácia el foro.*)

MAGD. }
ANGELA } ¡Oh!

CONRA. ¡Qué iniquidad!

ANGELA. Perdon, madre mia, perdon.—Habeis ultrajado á mi madre. Sois un miserable.

PRINC. (*Volviendo al proscenio.*) ¿Qué decís?

ANGELA. He dicho que sois un miserable.

PRINC. ¡Insensata!

ANGELA. Hazaña es de todos los cobardes ultrajar á quien no se puede defender. Y este oro... ¿qué hace aquí este oro? ¿Quién os ha pedido una limosna? Tal vez esteis acostumbrado á comprarlo y venderlo todo con el oro. Pero la pobreza honrada no se vende, ¿lo oís? (*Arrojándole la bolsa á los piés.*) Tomad vuestro dinero.

CONRA. ¿Qué has hecho?

ANGELA. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Vengar á mi madre!

MAGD. Hablaré á su Alteza. Se lo contaré todo.

PRINC. Sí, sí. Corred.

MAGD. Comprendo: el Duque, ocupado en sus placeres y olvidado de su pueblo, se burlaría de la viuda y la huérfana de un soldado que murió en el campo de batalla, y aplaudiría la hazaña del cortesano adulador.

PRINC. Su Alteza castigará tanta osadía.

MAGD. Eso quiere decir que es tan villano como vos.

PRINC. Habeis ultrajado á vuestro Soberano.—Apoderaos (*A su comitiva.*) de esa mujer.

ANGELA. ¡De ella no! De mí, de mí que os he llamado miserable, de mí que soy la única culpada.

PRINC. Obedeced. (*Los criados van á apoderarse de ella. Conrado se coloca delante, desnudando la espada.*)

CONRA. ¡Ay del que se atreva á tocarla!

ANGELA. ¡Oh! ¡perdon! piedad para mi madre. (*Cayendo á los piés del Príncipe.*)

MAGD. (*Haciéndola levantarse.*) ¡Levanta!

PRINC. ¿No habeis oido?

CONRA. El que dé un paso mas, cae muerto á mis piés.

PRINC. (*Quitándole la espada.*) Hiéreme á mí, si te atreves.

MAGD. ¡Vamos! (*Dirigiéndose hácia el foro.*)

CONRA. Yo no me separo de vos. (*Siguiendo á Magdalena.*)

PRINC. (Logré mi objeto. (*Al Marqués.*) Os dejo el campo libre.)
MARQ. ¡Mejor!
PRINC. Enviadle el aderezo. (*Vánse tambien precipitadamente.*)

ESCENA X.

ANGELA *y* ALBERTO.

ANGELA. ¡Y ese hombre es padre!
ALBER. No, no lo es. Dios no dá hijos á esas fieras humanas.
ANGELA. ¡Qué decís!
ALBER. ¡Conrado no es su hijo! Necesito hablaros.
ANGELA. Ahora á acompañar á mi madre.
ALBER. ¡Vamos! (*Salen.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANGELA *y* ALBERTO: *ambos aparecen sentados.*

ALBER. Hace veinticuatro años Luis Lamberti era un jóven pobre y oscuro. Prendóse de él la Princesa de San Mário y, atropellando por todo, dióle mano de esposa. A fin de evitar la presencia de los parientes y amigos, que clamaban contra este enlace, partieron ambos á Milan, donde fijaron su residencia. Quebrantada la salud de la Princesa, perdió la vida antes de que hubiese transcurrido un año. Dos dias antes habia espirado su camarera Isabel, esposa mia, al dar á luz un hermoso niño.

ANGELA. Continuad.

ALBER. Lamberti, que habiendo muerto la Princesa sin dejar un heredero de su nombre iba á ser despojado de su ilustre título y sus cuantiosos bienes, para que recayesen en Fabio Conti, como el mas próximo pariente de

su difunta esposa, empleó en contra mia las mas seductoras promesas, las mas terribles amenazas.

ANGELA. ¿Con qué objeto?

ALBER. Con el de obligarme á consentir en que el fruto de mi conyugal amor pasase por hijo suyo.

ANGELA. ¿Y cedisteis?

ALBER. Temí su venganza: creí hacer un bien á Conrado.

ANGELA. ¡Conrado hijo vuestro! (*Estrechando sus manos.*) ¡O señor!

ALBER. Ven á mis brazos (*Ambos se levantan*) criatura angelical, tan querida de aquel á quien tanto quiero.

ANGELA. Y despues ¿qué sucedió?

ALBER. Siempre con el fin de asegurar su futura suerte, hice firmar á Lamberti un convenio en que se nanifestaba la verdad de todo lo ocurrido. Hélo aquí. (*Entregando á Angela un papel, que esta recorre con la vista.*) Su único cómplice fué un médico llamado Araldi. Volvió Lamberti á este Ducado trayéndonos consigo, y publicó la nueva triste y venturosa á la vez de haber fallecido su esposa en Milan, en el momento de dar á luz un heredero de su nombre.

ANGELA. ¿Y por qué le abandonásteis?

ALBER. Un dia descubrí casualmente que aquellos dos malvados trataban de darme muerte para encerrar conmigo en la tumba su secreto. Seguro de que á mi hijo no le amenazaba ningun riesgo, huí para salvar la vida. Me hice soldado y ya sabeis cuál ha sido mi suerte despues.

ANGELA. ¿Y ahora?...

ALBER. He venido con el solo objeto de abrazar á mi hijo, he visto que ese hombre lo hace desgraciado, y sin embargo vacilo, dudo... Pasar en un instante de la opulencia á la miseria, del palacio á la choza... ¿Me perdonaría un cambio de fortuna tan completo?

ANGELA. ¡Oh! (*Como asaltada por una idea repentina.*)

ALBER. Por llamarle una vez hijo mio, daria los pocos dias que me queden de existencia; pero tambien los daria por evitarle el menor disgusto... Sí, prefiero renunciar á su cariño á hacerle desgraciado... y temo que si hablo podrá llegar un dia en que me maldiga allá en el fondo de su alma.—Aconséjame tú, hija mia. ¿Qué debo hacer?

ANGELA. ¡Aconsejaros yo!..

ALBER. Conozco que no me atreveria á descubrirle la verdad.— ¿Por qué no le hablas tú á quien tanto ama? Esto es lo mejor: revélaselo todo, sepa que es tu igual, y sed felices ambos en santa union que yo bendeciré.

ANGELA. Decirle: abandona las riquezas de que hoy disfrutas, porque no te pertenecen: despójate de tu espada de oficial, porque no eres caballero... para que crea que solo me guia un cálculo de egoismo... para que me maldiga allá en el fondo de su alma. Recordad vuestras palabras. ¡Oh! vale mas renunciar á su cariño que hacerle desgraciado. Y ahora, sobre todo, es preciso callar: la venganza del Príncipe seria espantosa. Por la vida de vuestro hijo, por la de mi madre, callad.

ALBER. ¡Oh! tienes razon: no retrocedería ante ningun crímen.

ANGELA. Despues Dios nos abrirá camino. La Providencia que os ha traido á esta casa no nos abandonará.

ALBER. Así lo espero.

ANGELA. Ahora voy á ver á la Condesa Adelaida; me ha ocupado en diversas ocasiones y siempre me ha tratado con la mayor dulzura. Su voluntad es respetada, y tal vez consiga por su mediacion hablar á mi madre.

ALBER. Iré contigo: quiero permanecer á las puertas de palacio para ver á Conrado siempre que entre ó salga.

ANGELA. ¡O señora! Tú que fuiste perfecto dechado de madres y de hijas, apiádate de la hija que llora por su madre, y del padre que llora por su hijo!

ESCENA II.

DICHOS *y* JULIETA *con un estuche que dá á* ANGELA. ALBERTO *en tanto vá á tomar su sombrero.*

JULIETA. Esto han traido para vos.

ANGELA. ¡Diamantes! Un papel. (*Abriendo la caja. Saca el papel y lo lee aparte.*) «Os envio esa pequeña muestra de mi »afecto: si accedeis á mi súplica y me contestais afir»mativamente, esta noche al toque de ánimas estaré al »pié de vuestro balcon: daré tres palmadas, y á favor de »una escala entraré por él: el Marqués de Pompiliani.»

ALBER. ¿Qué te dicen en ese papel?

ANGELA. Nada.—(*A Julieta.*) (¿Por qué has admitido esta caja?)

JULIETA. Ignoraba lo que contenia.

ANGELA. Es preciso averiguar donde vive ese hombre y devolverle esas joyas. (*Dando la caja á Julieta.*) Voy á salir.

JULIETA. ¿Vais á ver á la señora?

ANGELA. Quiera Dios que lo logre—Vamos. (*A Alberto, que sale con ella.*)

ESCENA III.

JULIETA *sola, colocando sobre la mesita que habrá en el fondo la caja del aderezo: á poco la* CONDESA *y* ARABELA.

JULIETA. Y es un precioso aderezo. ¿Quién se lo habrá enviado? —¡Pobrecilla! ¡Qué apesadumbrada está! Y yo misma ¿no he tenido que ocultarle mis lágrimas para no aumentar su pena? (*Asomándose á la ventana.*) Qué deprisa vá: ya ha doblado la esquina. ¡Vaya un padre que tiene el señor Conrado! Desde que le ví entrar con su cara de vinagre supuse que no venia para nada bueno. Como si la señorita Angela tuviese la culpa de que el señor Conrado esté loco de amor por ella, ni menos su pobre madre. No sé cómo permite Dios que pasen estas cosas en el mundo.—¡Calla! Un coche ha parado á la puerta de casa. Bajan de él dos damas cubiertas con velos: y entran. (*Vá hácia la puerta del foro.*) ¿Quién será? Suben la escalera. La señorita con su precipitacion no habrá cerrado la puerta.

COND. ¿Está en casa la señorita Angela? (*Entra seguida de Arabela.*)

JULIETA. Hace poco que ha salido.

COND. ¿Tardará mucho en volver?

JULIETA. Lo ignoro. (¡Qué precioso vestido!)

COND. Está bien: la esperaré.

JULIETA. Os advierto que si venís á encargarle algunas flores será inútil, porque ahora...

COND. Podeis retiraros.

JULIETA. (Ya manda como en su casa... ¡Será alguna gran señora! ¡Y no se descubre!)

COND. ¿No habeis oido?

JULIETA. (Lo dicho.) Perdonad: ya me voy. (Estas gentes se figuran... ¡Hum! no me gustan estas visitas.) (*Váse.*)

ESCENA IV.

La Condesa *y* Arabela.

Cond. (*Descubriéndose.*) ¿Estás segura de que este es el barrio que te han indicado?

Arabe. Si, señora, este mismo. Y ¿no me direis el objeto de vuestra venida á esta casa?

Cond. Me he negado á decírtelo, porque he querido evitar inútiles consejos y supérfluas reflexiones. Ya puedes saberlo. No has logrado averiguar el nombre de la querida de Conrado, pero sí que él frecuenta todos los dias esta calle. La florista que vive en esta casa, y á la cual conozco, habrá notado indudablemente en qué casa entra el bizarro capitan; y ya que no sepa todo el secreto, que es lo mas probable, pues en tan reducida vecindad cualquiera jóven estará enterada de los amoríos de las demás, podrá, por lo menos, ponerme en camino de hallar á esa rival preferida.

Arabe. ¡Oh, señora! Vos descender á tan mezquinas tramas.

Cond. ¡Insensata! ¿No te he dicho mil veces que le amo? ¿No sabes que su padre me habia hecho creer que era correspondida, y que este es el único instante de ventura que me ha deparado mi enemiga suerte? ¿Ignoras acaso que el primer amor de un ser desdichado es un amor inmenso?

Arabe. ¿No os vísteis siempre halagada de todos? ¿No sois la opulenta, la poderosa Condesa Adelaida?—Convertid esa ternura en desprecio...

Cond. Sí, halagada por esos muñecos de resortes que pasan la vida haciendo reverencias. ¡Opulenta! ¿Qué valen todas mis riquezas, comparadas con el inestimable precio de una mirada de Conrado? ¡Poderosa! ¿Qué significa todo mi poder, si con él no logro lo único que deseo, ser amada de Conrado? La Condesa Adelaida envidia á esa ignorada criatura, mas rica y mas poderosa que ella, porque posee el tesoro de su cariño, porque puede estrecharle contra su corazon. (*Arabela hace ademan como de ir á hablar.*) ¡Nada me digas; estoy celosa, estoy enamorada, y una mujer celosa y enamorada, no reflexiona, no piensa; siente, sufre, obra!

ARABE. ¿Y sereis capaz de causar el menor daño á esa mujer, vos tan buena, tan generosa, tan noble?

COND. ¿Daño? no: quiero saber únicamente si es digna de su cariño.

ARABE. Alguien se acerca: serenaos.

COND. ¡Es ella! (*Asomándose á la puerta del foro.*) Vé, y agúardame en el coche.

ARABE. Os obedezco. (*Cede el paso á Angela y váse.*)

ESCENA V.

CONDESA, ANGELA *y* JULIETA, *ambas en la puerta del foro.*

JULIETA. Sí: una dama que quiere hablaros.

ANGELA. Bien; vete.

JULIETA. (No me gusta esa mujer.) (*Váse.*)

ESCENA VI.

CONDESA *y* ANGELA.

ANGELA. ¿Vos aquí? Vengo de palacio.

COND. ¿De palacio?

ANGELA. He ido en busca vuestra.

COND. Precisamente cuando yo me dirigía á tu casa.

ANGELA. ¿Cómo he podido merecer tan alto honor?

COND. Mañana hay baile. Necesito unas flores con mucha premura...

ANGELA. Yo quería hablaros de un asunto muy interesante para mí.

COND. Y he venido á elegirlas.

ANGELA. Se trata de mi madre.

COND. Ademas quiero hacerte una pregunta por mera curiosidad.

ANGELA. De mi madre, ¿lo oís?

COND. ¿Has visto pasar por esta calle á un oficial que la frecuenta mucho?

ANGELA. ¡Un oficial!

COND. Justamente le he encontrado al venir. En palacio se dice que tiene amoríos en esta calle.

ANGELA. Por feliz casualidad me preguntais una cosa que iba á revelaros.

COND. ¿Cómo?

ANGELA. En vos se cifra mi esperanza. Salvad á mi madre.

COND. ¿A tu madre?

ANGELA. El padre de ese jóven quiere casarle con una gran señora.

COND. Eso se cuenta.

ANGELA. Pero él no corresponde al afecto de esa dama.

COND. Porque está enamorado de otra.

ANGELA. No puedo negarlo.

COND. ¡Oh!

ANGELA. Quizá haya cometido una imprudencia. Tal vez seais amiga de esa dama.

COND. Sí, su amiga... ¿Y conoces á la jóven á quien prefiere?

ANGELA. ¡Oh señora! El Príncipe de San Mário ha estado hoy aquí.

COND. ¡Qué oigo!

ANGELA. Vos nos protegereis. ¿No es verdad?

COND. Prosigue.

ANGELA. Nos insultó.

COND. No te detengas.

ANGELA. Mandó prender á mi madre.

COND. ¡Cesa!

ANGELA. Y á pesar de la resistencia de Conrado que se hallaba presente...

COND. ¡Cesa! Harto me has dicho ya. (*Sepárandose de ella.*)

ANGELA. ¡Oh! ¡qué semblante! ¿Por qué me mirais así?

COND. ¿Luego eres tú, tú misma, la miserable á quien Conrado prefiere?

ANGELA. ¿Y vos?... ¡Y vos!

COND. ¿No lo adivinas?

ANGELA. ¡Sí! Vos sois la gran señora á quien Conrado no ama. (*Con gran abatimiento.*)

COND. ¡Oh!

ANGELA. ¡Dios mio! Estaba pidiendo la libertad de mi madre á quien es causa de su desdicha!

COND. Me he exaltado sin (*Despues de una pausa y acercándose á Angela.*) motivo. Escucha. Olvídale y mi recompensa escederá á toda tu ambicion.

ANGELA. Decid al sol, detente; pero no á un corazon enamorado, olvida.

COND. Basta con que te avengas á salir de Italia, jurándome no revelarle nunca tu paradero.

ANGELA. El sabría hallarme.

COND. Supon que no.

ANGELA. Entonces se moriría de pesar.

COND. ¿Quién te lo asegura?

ANGELA. Mi corazon.

COND. Te engaña una loca vanidad.

ANGELA. Entonces ¿por qué quereis alejarme de Italia?

COND. ¿Te atreves á desafiarme? Tiembla.

ANGELA. ¡Os detesta y me ama! No soy yo quien debe temblar, sino vos.

COND. El mundo os separa.

ANGELA. El amor nos une.

COND. Conrado es ilustre y tú de humilde condicion.

ANGELA. La virtud nos hace iguales.

COND. ¿Aspiras á llamarte su esposa?

ANGELA. Aspiro á ser digna de su cariño.

COND. Un loco frenesí le ciega: cuando cayese la venda de sus ojos lloraría su locura; reconocería avergonzado su necio estravío. La infamia le aguarda en tus brazos.

ANGELA. Y en los vuestros (*Irónicamente.*) ¿qué le esperaría?

COND. ¿Por ventura quieres compararte conmigo?

ANGELA. Teneis razon: mi cariño le infama; el vuestro le honra. Vos contais quizá cien antepasados ilustres; mi abuelo fué un labrador, mi padre un soldado. Vuestra es la herencia de un nombre; mia la adquisicion de una fama de honestidad: ufanaos con el bien de otro; yo con el bien que me pertenece á mí sola!—Sí, oidlo: (*Con marcada intencion. La Condesa turbada aparta la vista.*) No tengo ningun recuerdo vergonzoso que amargue mi existencia.—(*Asiéndole una mano.*) ¿Volveis los ojos?—¿Por qué temblais? ¿Por qué el rostro que antes estaba pálido de corage, se halla en este momento mas encendido que una amapola? No os aparteis. Aguardad. Dí, altivo (*Poniéndole resueltamente sobre el corazon la mano que tiene libre.*) corazon, ¿estás tranquilo? ¿eres dichoso? ¿No te causa envidia este que se encierra aquí? ¿No te cambiarias por este? Cada uno de los latidos que siente mi mano me responde que sí.

COND. ¡Es verdad! ¡Es verdad!

(*Dejándose caer en una silla y cubriéndose el rostro con un pañuelo para ocultar sus lágrimas.*)

ANGELA. Perdonadme si he dicho demasiado. Vuestras lágrimas me prueban que os he juzgado mal.

COND. (*Levantándose precipitadamente y corriendo hácia Angela.*) ¿Sabes que no hay nada mas terrible que una mujer celosa?

ANGELA. Ni nada mas generoso que una mujer amante.

COND. El amor es orígen de todos los crímenes.

ANGELA. Y manantial de todas las virtudes.

COND. Tu desgracia será dicha para mí.

ANGELA. Vos no me castigareis por amar lo que amais, por sentir lo que sentís.

COND. Por eso mismo soy capaz de tomar una cruel venganza.

ANGELA. Por eso solo soy capaz de amaros.

COND. ¡Oh! ¡no puedo mas! ¡Estoy vencida! ¡Tú vales mas que yo! Tú que me has hecho bajar los ojos con la imponente mirada de la inocencia.—¡Mi amor exige un sacrificio terrible, inmenso! Tú sola mereces llamarte suya: ama á Conrado. ¡Yo os protegeré! Mi mano os conducirá al altar.

ANGELA. ¿Qué decís?

COND. Para tí la felicidad en sus brazos; para mí las lágrimas en la soledad. Hé aquí el puesto que nos corresponde á entrambas.

ANGELA. ¡Señora!

COND. Supuse hallar en tí una mujer corrompida: he hallado un ángel.

ANGELA. ¿Es esto sueño ó realidad?

COND. Me has dicho que tu madre está presa: corro á palacio, quizá esta noche la estrecharás en tus brazos. (*Alejándose.*)

ANGELA. ¡Aguardad; aguardad!

COND. Dices bien: no debemos separarnos así: no son dos rivales las que se dicen adios, sino dos amigas, dos hermanas ¿no es verdad?

ANGELA. ¡Ah señora! (*Arrojándose á sus pies.*) Solo debo estar á vuestros pies; abrazar vuestras rodillas.

COND. No, no: aquí sobre mi (*Levantándola y abriendo los brazos.*) corazon.

ANGELA. ¡Ah! (*Arrojándose en ellos.—Breve pausa durante la cual se oyen los sollozos de ambas.*)

COND. Enjuga esas lágrimas... ya vés, yo no lloro... Estoy tranquila.

ANGELA. Y yo os he ofendido, yo que tan pequeña me considero á vuestro lado.

COND. ¡No digas eso! (*Ahogada por los sollozos.*) sufro mucho! ¿A qué ocultártelo? Pero he hallado un medio de reconciliarme conmigo misma, y esto es mas que todo. ¡Adios!—Este amor es un castigo que el cielo me envia.—¡Acepto la expiacion!

(*La abraza de nuevo: la besa en la frente y váse precipitadamente.*)

ESCENA VII.

ANGELA *sola; á poco* JULIETA.

ANGELA. ¡Cuánto le ama! (*Sentándose abatida.*) Veré libre á mi madre, se lo deberé á ella, y ella será desgraciada por causa mia. Es fuerza huir: separarme de él para siempre... Recuerdo las palabras de ese anciano... Todo me manda ahogar en mi pecho este sentimiento orígen de tantas desdichas... Imitemos el ejemplo de esa valerosa mujer. ¡Cuánto acontecimiento en un solo dia!... Me siento mal... Tengo un peso en la cabeza... ¡Dios mio, mucho he debido ofenderte cuando así me castigas!

JULIETA. ¡Señorita! (*Saliendo.*)

ANGELA. ¿Qué quieres?

JULIETA. El Príncipe acaba de entrar.

ANGELA. ¡Otra nueva desventura! (*Levantando las manos al cielo.*) Cúmplase tu voluntad.—Déjanos.

JULIETA. Ya está aquí. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

EL PRINCIPE *y* ANGELA.

ANGELA. ¿Qué me quereis, caballero?

PRINC. Vengo á hablaros de vuestra madre.

ANGELA. ¿Qué es de ella?

PRINC. Sois muy desgraciada.

ANGELA. Rara vez fué la fortuna compañera de la virtud: pero mi madre saldrá pronto de su prision.

PRINC. Tal vez.

ANGELA. Hablarán al Duque en favor suyo.

PRINC. Llegarán tarde.

ANGELA. (*Levantándose.*) ¡Tarde!

PRINC. El Duque no puede ya deshacer lo hecho.

ANGELA. ¡Reina de los ángeles!

PRINC. Tranquilizaos: vuestra madre vive, pero está en mi poder y ni el mismo soberano puede arrebatármela ya.—Solo vos.

ANGELA. ¿Yo?

PRINC. Con una condicion.

ANGELA. ¿Cuál?

PRINC. Sentaos y escribid lo que os dicte.

ANGELA. (*Sentándose y disponiéndose á escribir.*) Empezad.

PRINC. (*Dictando.*) «Querido Leopoldo»

ANGELA. No conozco á nadie que lleve este nombre.

PRINC. «He recibido vuestro preciso aderezo.»

ANGELA. Comprendo. (*Levantándose y arrojando la pluma sobre la mesa.*) ¿Quereis deshonrarme á los ojos de Conrado? No lo lograreis.

PRINC. (*Retirándose.*) El cielo os guarde.

ANGELA. ¿A dónde vais?

PRINC. En el pais en que vivimos el capricho del señor es ley, ¿lo ignoras acaso? ¡Y cuando el señor ofendido señala una víctima, en medio del misterio mas profundo perece! Esa víctima está señalada.

ANGELA. ¡La muerte!

PRINC. ¡Si salgo de esta casa sin lo que anhelo, si me deteneis un momento mas!... todo depende de un minuto, de uno solo!

ANGELA. ¡Madre mia! Proseguid.

PRINC. «Vuestro precioso aderezo... Acepto vuestro regalo.»

ANGELA. ¡Piedad! no me arrebateis el único tesoro que poseo, la estimacion!

PRINC. ¡Escribid!

ANGELA. Sois implacable.—¡Madre mia!... Dictad: ya no vacilo, ya no dudo.

PRINC. «Acepto vuestro regalo.»

ANGELA. (*Irónicamente.*) ¿Qué mas?

PRINC. «Y os concedo...»
ANGELA. Muy bien: seguid.
PRINC. «La cita»...
ANGELA. La cita.
PRINC. «Que me habeis pedido.»
ANGELA. Angela: ¿no es esto? (*Dobla la carta.*) Falta el sobre.
PRINC. Al Marqués de Pompiliani.
ANGELA. ¡Magnífico! ¡Admirable! Es una villanía perfecta. Recibid mi parabien.
PRINC. Ya veis con que poco me contento.
ANGELA. Os he creido implacable. Me he equivocado. Vos me probais que os debo estar agradecida.... Gracias, Príncipe, gracias.
PRINC. Acabemos de una vez: dadme ese billete.
ANGELA. ¡Ah! (*Retirándose por un movimiento involuntario y ocultando la carta.*)
PRINC. Vuestra madre vivirá, lo juro. Pero no me detengais: ya os he dicho que todo depende de un minuto, de uno solo.
ANGELA. Tomad. (*Dándole la carta con un brusco movimiento que indique su desesperacion.*) ¿Qué mas quereis? Me faltan las fuerzas. (*Apoyándose en una silla.*)
PRINC. Permanecerá, sin embargo, vuestra madre en mi poder algunos dias mas: yo he de saber hasta las palabras que pronuncieis en sueños; y os ruego, para bien de todos, que no desengañeis á Conrado. Os dejo.
ANGELA. Un dia llegará en que todos seamos iguales. ¡Os emplazo para ese dia! (*Vase el Príncipe.*)

ESCENA IX.

ANGELA, *á poco* CONRADO.

ANGELA. ¡Oh! (*Pausa, durante la cual se oirán sus sollozos.*) ¿Vendrá el Marqués?... En su carta me habla de una escala: ¡dice que al sonar el toque de ánimas dará tres palmadas en la calle!—¡Ahora recuerdo que hoy le he encontrado aquí sin saber por donde habia entrado!... Aun conservo la espada de mi padre, y si á tanto se atreve esta es su última noche.—Daré órden de que no abran la puerta á Conrado. (*Viendo entrar á Conrado al diri-*

girse á la puerta del foro.) ¡Oh! ¡él es!—(Habrá visto al Príncipe.)

CONRA. No he podido venir antes.

ANGELA. (No, no le ha visto.)

CONRA. He querido hablar al Duque, y no me han permitido entrar en su aposento. He volado á la torre en que se halla la infeliz, y he encontrado la misma resistencia.

ANGELA. No esperaba verte esta noche.

CONRA. ¡Habia de abandonarte ahora!...

ANGELA. Me siento mala, necesito descanso: vete, yo te lo ruego.

CONRA. ¿Acaso es culpa mia nada de lo que ha sucedido?

ANGELA. No.

CONRA. Entonces ¿por qué me alejas de tu lado cuando vengo á llorar contigo?

ANGELA. ¡Conrado! *(Sin poderse contener.)*

CONRA. Sí, alma de mi alma, tuyo hasta la muerte. No temas: triunfaremos. La justicia del cielo lidia con nosotros.

ANGELA. No: la lucha nos sería fatal á ambos: abandóname; ama á otra; sé dichoso; yo tambien lo seré.

CONRA. ¡Ingrata, es eso posible! Para tí lo sería tal vez: quizá en este momento ya no me amas.

ANGELA. (Esa campana fatal debe sonar de un momento á otro. Si ese hombre viene... Si hace la señal...) Vete, Conrado, vete, por todos los santos del cielo.

CONRA. Adios, pues; pero adios para siempre *(Se detiene en la puerta del foro como esperando á que Angela le llame.)* ¡Oh! ¡no me ama ya! *(Se apoya en la mesa que habrá en el fondo y vé el estuche.)* ¿Qué es esto? ¿Quién ha traido aquí estos diamantes?

ANGELA. Vete.

CONRA. El Marqués tal vez. *(Volviendo al proscenio.)* Quería respetar tu dolor y no preguntarte nada... ¿Cómo ha entrado hoy aquí?

ANGELA. *(Empienza á oirse el toque de ánimas.)* ¡Ay!

CONRA. ¿Por qué gritas?

ANGELA. ¿No oyes?

CONRA. El toque de ánimas.

ANGELA. ¡Se me eriza el cabello! Tengo miedo... Sal de aquí. Yo lo mando.

CONRA. No me iré.

ANGELA. Pues bien, mátame.

CONRA. ¡Silencio! *(Se oyen tres palmadas.)* Esa señal...

ANGELA. Mátame.
CONRA. Entra en ese aposento.
ANGELA. ¡Piedad!
CONRA. Obedece. (*La hace entrar en el aposento que le ha indicado y cierra la puerta.*)

ESCENA X.

CONRADO, *en seguida el* MARQUÉS.

CONRA. ¡Contestemos! (*Vuelven á oirse las tres palmadas. Conrado contesta con otras tres.*) Apagaré esta luz. (*La apaga y el teatro queda completamente á oscuras.*) Han arrojado una escala. Asegurémosla. (*Hace como que asegura á el balcon la escala que acaban de arrojar á él.*) Alguien sube: será el Marqués. Los latidos de mi corazon van á venderme.
MARQ. ¿Dónde estás, hechicera de mis ojos? (*Entrando por el balcon. Viene cubierto con una capa.*) (En cuanto vió los diamantes... ya me lo esperaba yo.) ¿Porqué has apagado la luz, picaruela? Acaban de darme una carta de parte tuya, y aquí me tienes.
(*Conrado guiado por la voz ha ido al encuentro del Marqués y en este momento le ase por un brazo.*)
CONRA. ¡Miserable!
MARQ. ¡Traicion! (*Saca de debajo de la capa una linterna sorda; brilla la luz y ambos se reconocen.*) ¡Conrado!
CONRA. ¿Qué vienes á hacer aquí?
MARQ. Calma, mi querido Conrado, calma.
CONRA. Has hablado de una carta. ¿Qué carta es esa?
MARQ. Pero, ya lo veis, ella es la que me busca. ¡No es culpa mia!
CONRA. ¡Esa carta!
MARQ. Tomad, tomad. (*Dándosela.*)
CONRA. Levanta esa linterna.
(*El Marqués obedece, Conrado lee sin soltar al Marqués, á quien tiene asido con la mano izquierda.*)
MARQ. (¿Qué va á ser de mí? (*Temblando de piés á cabeza.*) ¡Este hombre es una fiera!)
CONRA. ¿Qué estoy leyendo? (*Agitando el brazo del Marqués.*)
MARQ. ¡Ay! Vais á destrozarme este brazo.

CONRA. Toma.

(Acaba de leer la carta. Saca dos pistolas de debajo de la capa y alarga una al Marqués.)

MARQ. Podeis conservarla. *(Creyendo que le dá la carta y manteniendo todavía en alto la linterna.)*

CONRA. ¡Toma!

MARQ. Puesto que os empeñais... *(Alarga la mano que tiene libre y toca la pistola.)* ¡Jesu-cristo! Una pistola. *(Retrocediendo.)*

CONRA. Colócala sobre mi frente: yo colocaré la otra sobre la tuya y ambos moriremos al mismo tiempo.

MARQ. ¡Cómo! ¿Quéreis morir? ¡A vuestra edad, con un porvenir tan brillante!

CONRA. Detesto la vida.

MARQ. ¡Pero es que á mí no me sucede otro tanto!...

CONRA. ¿Tienes miedo por ventura?

MARQ. El lance no es para menos.

CONRA. ¡Y este es el hombre que me roba su amor! ¡Huye, miserable!

MARQ. No deseo otra cosa. *(Corriendo despavorido hasta dar con el balcon, por el cual arroja la linterna.)*

CONRA. ¡Pronto! *(El teatro vuelve á quedar completamente á oscuras.*

MARQ. Ya dí con el balcon. *(Subiéndose á él.)*

CONRA. Salta por él.

MARQ. Volando.

CONRA. Fuera de aquí.

(El Marqués desaparece por el balcon.)

ESCENA XI.

CONRADO; ANGELA *en seguida: á poco el* PRINCIPE *por la puerta secreta.*

CONRA. ¡Angela! *(Abriendo la puerta del aposento en que esta se halla.)* ¡Angela!

ANGELA. ¿Qué has hecho?

CONRA. ¡Falsa, perjura! Me engañabas. ¡Te he estado sirviendo de juguete!

(Abrese la puerta secreta: sale el Príncipe, y guiado por la voz de Angela se dirige á su lado á tientas y con gran sigilo.)

ANGELA. Semejante sacrificio es superior á mis fuerzas. Perdon, madre mia!

CONRA. ¿Quién ha escrito esta carta?

ANGELA. Oye la verdad.

CONRA. ¡Habla!

ANGELA. Esa carta... (*El Príncipe alarga la mano y ase una de Angela; esta se detiene estremecida de espanto.*) ¡Jesus!

PRINC. (*Al oido de Angela.*) ¡Ay si pronuncias una palabra mas!

CONRA. ¿Quién la ha escrito? Acaba.

ANGELA. Yo la he escrito... ¡yo!..

CONRA. ¡No puedes negarlo, traidora! Mañana parto á buscar la muerte en un combate. Así espiaré el crímen de haberte amado.

(*La arroja al suelo, y se dirige resueltamente hácia la puerta del foro, por la cuál sale.*)

ESCENA XII.

EL PRINCIPE *y* ANGELA, *despues* MAGDALENA *y* JULIETA.

ANGELA. Conra...

PRINC. ¡Silencio! (*Poniéndole una mano en la boca.*)

ANGELA. Quiero seguirle... (*Levantándose.*) dice que vá á morir.

PRINC. ¡Detente!

ANGELA. Y vos ¿quién sois para detenerme?

PRINC. ¡Su padre! ¿Lo ignoras acaso?

ANGELA. ¡Mientes! Tú no no eres su padre. (*Fuera de sí.*)

PRINC. ¡Cielos!

ANGELA. Conrado no es tu hijo... El título que llevas no te pertenece... ¡Eres un infame usurpador!

PRINC. ¿Qué oigo?

ANGELA. Y yo recorreré las calles, y subiré á palacio, y lo publicaré á gritos, y lo sabrá todo el mundo!

PRINC. ¿Cómo lo has averiguado?

ANGELA. No, no te lo diré.

PRINC. Habla ó tiembla.

ANGELA. No, no; soltad.

(*Haciendo un esfuerzo desesperado logra desasirse del Príncipe, y corre á tientas por el teatro, ya dirigiéndose al balcon, ya á la puerta del foro.*)

PRINC. ¡Oh!

ANGELA. ¡Socorro! (*Oyese llamar á la puerta de la calle.*)
PRINC. ¡Calla! ¡calla! (*Buscándola.*)
MAGD. Abrid: soy yo. (*Desde la calle.*)
PRINC. Esa voz... ¿Quien ha podido darle libertad?
ANGELA. ¡Julieta! ¡luces!
PRINC. Calla.
ANGELA. ¡Julieta!
PRINC. ¡Que no me hallen aquí! Yo volveré. (*Desaparece por la puerta secreta.*)
MAGD. Hija mia, ¿por qué gritas? (*Magdalena y Julieta entran: la última con luces.*) ¿Qué sucede?
ANGELA. ¡Ese hombre quiere matarme!
MAGD. ¡Cuando llegaba he visto á Conrado! Tal vez él...
ANGELA. ¡Ahí! ahí!
JULIETA. No hay nadie.
MAGD. Soy tu madre. Ya estoy libre.
ANGELA. No es su padre, no. ¡Me vá á matar ántes de que pueda justificarme, ántes de que Conrado sepa que soy inocente!
MAGD. ¡Dios santo!
ANGELA. No, no quiero morir. Miradle: ahí está... ahí!...
(*Señala con el dedo como si efectivamente viese al Príncipe. Permanece en esta actitud un momento, y despues cae en los brazos de su madre y Julieta, dando un grito.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon magnífico de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

El Marques, *que entra aceleradamente: poco despues el* Principe.

Marq. ¡Uf! qué calor.—Ya han encendido aquí. ¡Eh! ¿qué haceis parados? *(A varios Ugieres que se presentan en el foro.)* Aún no están iluminadas las mesas de juego. *(Vánse los Ugieres.)* Vamos á ver qué tal han quedado los salones del baile. No hay en el globo quien me aventaje en esto de arreglar una fiesta: bien lo sabe el Príncipe cuando me ha fiado tan delicada comision. Los hombres como yo son inestimables en un palacio. Ea: vamos hácia allá. *(Al ir á salir tropieza con el Príncipe.)* Perdonad, Príncipe; vuelvo en seguida. *(Desaparece breves momentos.)*

Princ. ¡Cómo lo habrá sabido!—El infierno sin duda nos facilitó aquella feliz coyuntura para que Araldi pudiese penetrar en casa de Angela y permanecer á su lado con objeto de asistirla, en su calidad de médico... Aun me parece oir los gritos de la madre pidiendo socorro...

MARQ. (*Entrando.*) ¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Deslumbrador! ¿Qué os parece el golpe de vista que presentan esos salones?

PRINC. (¡Por mas que pienso!...) (*Embebido en su meditacion, no atiende á lo que le dice el Marqués.*)

MARQ. Y eso que despues del susto que me dió anoche vuestro hijo, y que ya os he contado, no estaba yo para pensar en fiestas.

PRINC. (¿Y cómo no se lo habrá dicho á Conrado?...)

MARQ. ¡Diantre de muchacha! El aderezo y el billetito que escribí por consejo vuestro surtieron el efecto que ambos nos prometiamos. Pero desengañaos, lo mejor hubiera sido entrar por la puerta secreta: os empeñásteis en que no... En casa de Araldi me hallaba precisamente, cuando hasta allí fueron á buscarme con la carta de ese diablejo...—Lo cierto es que hemos ganado la apuesta y debemos divulgar mi triunfo.

PRINC. (Cuánto tarda Araldi... Me mata la zozobra.)

MARQ. No he conservado la epístola, pero en caso de duda podemos recurrir al testimonio de vuestro propio hijo. Temiendo estoy el instante de encontrarme con él.—Vos no me escuchais.

PRINC. Dispensad: estaba distraido.

MARQ. Tal vez meditábais el cumplido que habeis de dirigir á su Alteza. Es muy justo: en el dia de su cumpleaños es preciso agotar la cartilla de las lisonjas.

PRINC. Sí; justamente.

MARQ. Y ¿con quién pensais romper la danza?

PRINC. ¿Qué decís?

MARQ. No me acordaba de que no bailais: os dejo: no me puedo detener. (*Viendo entrar á Araldi.*) ¿Sois de los nuestros, caro doctor? lo celebro: yo me encargo de buscaros pareja. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL PRINCIPE *y* ARALDI.

PRINC. ¿Qué hay?

ARALDI. Nada de nuevo: sigue delirando; pero por sus inconexas frases, nadie podrá averiguar...

PRINC. Cuando pienso que una palabra suya puede ser rayo que me confunda!..

ARALDI. No la dirá, si vos quereis que no la diga.

PRINC. ¡Cómo!

ARALDI. ¿Tendría algo de particular que la horrible fiebre que la devora pusiese término á su existencia?

PRINC. ¡Araldi!

ARALDI. Enhorabuena. Y vos ¿qué habeis adelantado en palacio?

PRINC. Nada: no he podido hablar á la Condesa en todo el dia.

ARALDI. ¿Sospechará algo?

PRINC. No lo creo.

ARALDI. ¡Y esperais que Conrado acceda al fin á vuestros deseos!

PRINC. Ahora mas que nunca. Mi plan tuvo mejor resultado aún de lo que yo esperaba: las circunstancias nos fueron propicias. Ha maldecido á su adorada Angela creyéndola culpable, y espero que la cólera... el despecho... el anhelo de venganza... Ademas, esta noche veré á su Alteza en el baile y quizá logre... Pero si esa loca habla, si deja traslucir la verdad...

ARALDI. Entonces la ignominia para ambos, la pobreza, la esclavitud.

PRINC. ¡Qué horror!

ARALDI. Ya os lo he dicho; nadie estrañaría que á la demencia... sucediese la muerte.

PRINC. ¡Calla!... ¿Pero cómo lo habrá sabido? ¡Esto es lo que me vuelve loco!... Corre... Si en tu ausencia se calmase su fiebre, si recobrase la razon...

ARALDI. Volveré en breve á tranquilizaros. Gran recompensa me debereis en caso de conseguir el triunfo.

PRINC. La mitad de mis riquezas te pertenece.

ARALDI. (¡Nuevos tesoros!)

PRINC. No te detengas. Aquí me encontrarás. (*Vánse el Príncipe y Araldi.*)

ESCENA III.

CONRADO, *despues de un instante de silencio.*

¿Qué es verdad? ¿Qué es mentira? ¿Quién puede diferenciar la una de la otra? ¡Cómo reconocer el crímen bajo la apariencia de la virtud! Esta es su letra.—(*Sen-*

tándose y sacando la carta.) Parece imposible. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos lo dudaría aún. ¿Y qué? ¿No dudo todavía? Lee, insensato, lee. (*Recorriendo la carta con la vista.*) Cuando me dirijia aquellas miradas llenas de candor, mentia. Cuando exclamaba con apasionado acento *te amo*, mentia. Quizá en el mismo instante en que me decía á mí mismo: ¡cuánto me ama! ella se diria á sí propia: ¡qué bien le engaño! —Cielo enemigo, ¿por qué no me has pulverizado antes con un rayo? Angela, tu cariño era mi vida. Sin él no puedo vivir... Voy á buscar la muerte. Pronto se clavará en mi pecho el alfange de un pirata. ¡Oh! ¡cómo se reirá cuando sepa que por ella me he dejado matar! Yo tambien me rió al recordar que le he servido de juguete.

ESCENA IV.

Dicho, *y la* Condesa, *que sale por una puerta de la izquierda.*

Cond. ¿Qué oigo? ¡Sollozos!—¡Conrado!

Conra. ¡Oh! ¡la Condesa!

Cond. No os vayais. Las lágrimas de un hombre como vos prueban un dolor inmenso. Derramadlas, sin avergonzaros, en mi presencia.—¿Qué os ha sucedido? Hablad.—Estoy enterada de todo.

Conra. Señora...

Cond. Amais á otra, á otra que es mas digna que yo de vuestro afecto.

Conra. ¿Venís á gozaros en mi desesperacion?

Cond. ¡Caballero!

Conra. Mi desgracia no es ya un secreto, lo conozco; y si lo fuera yo la publicaría. Quiero imponerme esta expiacion.

Cond. Os aseguro que no comprendo...

Conra. Inútil fingimiento: he sido ultrajado, se ha burlado de mí, la he sorprendido en una cita con otro.—No aparenteis ignorarlo. Vuestra mofa... vuestro escarnio me servirá de castigo.

Cond. Entendámonos, caballero. Ayer estuve en casa de esa jóven. A no haberla juzgado digna de vos, me hubiera interpuesto entre ambos como una muralla de acero. Pero

Angela abriga un corazon hermoso y grande que solo late por vos. Le pedí perdon de mis insultos, le ofrecí dar libertad á su madre, la estreché en mis brazos... Es imposible que aquella mujer no se sintiese en tal instante pura como los ángeles del cielo. Poco me importa cuanto vos podais decirme: Angela es inocente.—Lo juraría por la memoria de mi madre.

CONRA. ¡Alma noble y generosa! ¡Qué mal os conocia! ¡Cuánto os he ofendido! Perdonadme.

COND. Solo tengo derecho para quejarme de vuestro padre que me ha engañado villanamente.

CONRA. ¡Oh! mi padre, siempre mi padre!

COND. Os lo repito: Angela es inocente.

CONRA. Habeis sido víctima de su hipocresía, como yo, como el mundo entero.—Señora: recibid mi último adios.

COND. ¿Partís?

CONRA. Mañana mismo.

COND. (¡No me es dado ni aun el consuelo de verlo feliz en brazos de otra!) Yo tambien parto mañana.

CONRA. ¿Abandonais á su Alteza?

COND. Sí. Quiero huir de este palacio: quiero salir de Italia.

CONRA. ¿Y consiente su Alteza en que os separeis de ella?

COND. Me ha negado su asentimiento.

CONRA. ¿Y vais á esponeros á su justo enojo?

COND. Sé que cuando vea pagados sus beneficios con la mas negra ingratitud, sentirá un cruel despecho contra mí. Pero no importa. En una carta que llegará á sus manos esta noche le digo que estoy decidida á partir, y me despido de ella para siempre.

CONRA. ¡O señora! Cuánto os admiro. ¡El Marqués! (*Viéndole aparecer en el foro.*) Adios, señora, adios.—(¡Y he de partir sin matarle!)

(*El Marqués se separa aceleradamente para cederle el paso. Conrado le lanza una mirada furiosa.*)

ESCENA V.

LA CONDESA: *el* MARQUES.

MARQ. ¡Vaya una mirada! (*Se asoma á la puerta del foro como para cerciorarse de que Conrado se vá.*)

COND. (*Sacando una carta.*) ¿A quién entregaré esta carta para

que se la lleve á la Duquesa? El mensajero ha de ser muy mal recibido, y no quiero que ninguno de mis criados sea víctima de su cólera.

MARQ. (*Acercándose.*) ¿Habeis reparado, encantadora Condesa, el gesto del Capitan al encontrarse cara á cara conmigo? Pues es porque le he quitado una novia.

COND. ¿Será verdad?...

MARQ. No lo dudeis.—«Llegué, ví y vencí.» Mi lema es el de César.

COND. ¡Señor Marqués!

MARQ. Una florista que se llama Angela: bonito nombre, ¿no es verdad? vive...

COND. ¿Y os ama?

MARQ. Me adora.

COND. ¡Mentís, caballero!

MARQ. Señora, yo... (Pícara envidia.) Hasta despues. Voy al aposento de nuestra linda Soberana á darle cuenta de todas mis disposiciones acerca del baile de esta noche.

COND. Aguardad.

MARQ. ¿Teneis algo que mandarme?

COND. Si por cierto. (Este mentecato nada me importa.) Hacedme el obsequio de entregar esta carta á su Alteza.

MARQ. Con mil amores. (Esta embajada me vale, por lo menos, cuatro sonrisas.) (*Váse por una puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA *y el* PRINCIPE.

COND. (Hoy es el dia de mi triunfo.) El Príncipe. (*Viéndole aparecer en la puerta del fondo.*)

PRINC. Al fin la veo: señora...

COND. No me puedo detener. (*Váse.*)

ESCENA VII.

EL PRINCIPE: *en seguida* ARALDI.

PRINC. ¡Oh! ¡algo sospecha! (*A Araldi que entra.*) ¿Y Angela?

ARALDI. Rendida la he dejado en los brazos de su madre. Ha tenido un momento espantoso: cree que Conrado vá á

partir á la guerra: ha querido lanzarse fuera de su casa y venir á palacio en su busca. Apenas podíamos detenerla entre su madre y yo. Gritaba que tenia que revelar á Conrado un secreto...

PRINC. El nuestro.

ARALDI. Esta idea se le ha olvidado ya, y su madre queda á su lado. No temais.

PRINC. La Condesa tiene alguna sospecha acerca de los amores de Conrado.

ARALDI. ¿Y habeis hablado á su Alteza?

PRINC. La Duquesa acaba de conceder una entrevista á Fabio Conti.

ARALDI. ¿Y temeis?...

PRINC. Todo lo temo ya.

ARALDI. Pues reflexionad que ese hombre es el que tiene derecho á vuestro título, á vuestros bienes... Si hallándose al frente del poder, se llega á descubrir...

PRINC. No me atormentes mas.

ARALDI. Basta de indecision... Es preciso tomar un partido enérgico, pronto. Lo reclamo: lo exijo.

PRINC. ¿Tú?

ARALDI. Yo, que estoy arriesgando tanto como vos.

PRINC. Aconséjame: ¿qué debemos hacer?

ESCENA VIII.

DICHOS, *el* MARQUES.

MARQ. ¡Oh! ¡yo fallezco! (*Dejándose caer en un sillon cerca del proscenio.*) ¡Un elixir! ¡un elixir!

PRINC. (¡Mentecato!)

MARQ. (*Dirigiéndose al Príncipe.*) Estamos perdidos.

PRINC. ¿Quién?

MARQ. ¡Vos y yo!

ARALDI. ¿Pues qué ocurre? (*Ambos se acercan al Marqués con la mayor ansiedad.*)

MARQ. La mayor calamidad que podeis imaginaros.

PRINC. Hablad.

MARQ. Dejadme respirar: (*Haciéndose aire con el pañuelo.*) estoy sofocado. A ver, doctor, tomadme el pulso: debo tener mas de noventa pulsaciones por minuto.

PRINC. (¡Qué ansiedad!)

MARQ. Figuráos que la Condesa me dió un billete para que se lo entregase á su Alteza.

PRINC. ¡La Condesa!

MARQ. Cuando entré en su estancia, se hallaba allí Conti, nuestro mortal enemigo!

ARALDI. ¿Y bien?

MARQ. Entregué mi billete: leyó su Alteza, leyó y...

PRINC. Al caso, al caso.

MARQ. Y despues de lanzarme una mirada que me hizo temblar de piés á cabeza... exclamó en voz airada: «Salid, señor Marqués.»—Yo, á fin de aplacar su incomprensible enojo, dije: «Vuestra Alteza está vestida con sumo gusto,» y ella añadió: «sois un mentecato;» ¿lo oís? ¡un mentecato!

PRINC. ¿Y nada mas?

MARQ. ¿Os parece poco? Pero sí, hay mas. Antes de que yo hubiese salido, exclamó, dirigiéndose á Conti: «Olvidad, caballero, mi anterior negativa: seguidme al aposento del Duque, y esta misma noche sereis nombrado primer Ministro.»

PRINC. ¡El!

ARALDI. (*Al Príncipe, bajo.*) ¡Ya lo oís!

MARQ. ¿Eh? ¿qué tal? ¡Hay dias aciagos!

PRINC. Pero ese billete...

ESCENA IX.

DICHOS, CONRADO; *en seguida un* UGIER.

CONRA. Os buscaba. (Démosle mi adios postrero.)

PRINC. Conrado.

ARALDI. (*Al Príncipe.*) (A mal tiempo llega.)

CONRA. Tengo que hablaros. Quiero que sea á solas.

PRINC. Ahora imposible... en otra ocasion.

ARALDI. (*Al Marqués, que se levanta.*) (Quedáos.)

UGIER. (*Entrando y dirigiéndose á Conrado.*) Señor capitan, un hombre que parece un mendigo se ha presentado á las puertas de palacio pidiendo que se le conduzca á vuestra presencia. En vano han querido alejarle los guardias: insiste en que tiene que comunicaros una noticia que os importa mucho.

CONRA. Decidle que se vaya.—Señor, es preciso que me concedais esa entrevista ahora mismo.

PRINC. Despues: recibe á ese hombre; tal vez sea un desgraciado que necesite de tí. (*Al Ugier.*) Hacedle entrar por la escalera secreta. (*Váse el Ugier.*)

CONRA. Enhorabuena: pero volveré pronto, y entonces me oireis, ¿no es verdad?

PRINC. Sí, sí. (*Váse Conrado por una puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

EL PRINCIPE, *el* MARQUES, ARALDI: *á poco* CONTI, DAMAS *y* CABALLEROS: *despues la* CONDESA: *en seguida* ANGELA *y criados de palacio.*

PRINC. (*Corriendo hácia el Marqués.*) ¡Al fin! ¿Estais seguro de lo que acabais de decir?

MARQ. Si lo he visto y oido ¿cómo no?

PRINC. Y ese billete ¿qué decia?

MARQ. ¡El diablo lo sabrá! (*Empieza á oirse la música del baile.*) Sí; ¡para bailar estamos ahora!

ARALDI. Vedle.
(*Señalando á Conti que aparece en el foro rodeado de Damas y Caballeros. Todos entran.*)

PRINC. Todos le felicitan. Los mismos que ayer...

MARQ. Ese es el mundo.

CONTI. Gracias, señores, gracias.

CAB. 1.° Noche de júbilo, amigo Conti.

PRINC. (¡Noche de infierno!)

CAB. 2.° ¿Y decís que la Condesa?...

CONTI. Saldrá desterrada de órden de su Alteza.

MARQ. Me alegro.

UGIER. Para el señor Marqués (*Dándole un pliego.*) de Pompiliani.

MARQ. (*Leyendo.*) ¡Vírgen Santísima! ¡Desterrado tambien! (*Oyese rumor de voces.*)

PRINC. (*A Araldi.*) ¿No oyes?

CAB. 1.° ¿Qué rumor será ese?

ANGELA. (*Dentro.*) Dejadme entrar: dejadme entrar.

CONTI. ¡Parece una loca! (*Asomándose á la puerta del foro. Todos le siguen, menos el Príncipe, Araldi y el Marqués.*(

PRINC. (¡Aún mas!)

CONTI. Habrá burlado la vigilancia de los guardias á favor de la confusion que reina á las puertas de palacio.

VOCES. (*Dentro.*) Detenedla: detenedla.

CAB. 1.° Ha quitado la espada á un oficial y se abre paso por en medio de la multitud.

PRINC. ¡Qué haré!

MARQ. ¡Es ella! ¡Viene á buscarme sin duda!

ANGELA. (*Dentro y mas cerca.*) Dejadme: quiero verle.

COND. (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*) ¡Ese ruido! Esas voces!

CONTI. Que no se le haga ningun mal.

(*Sale Angela seguida de criados y otros varios nobles. Se para en la puerta del foro, deja caer la espada que trae en la mano, y dice con sonrisa de triunfo.*)

ANGELA. ¡Entré! (*La música sigue oyéndose muy piano durante toda esta escena.*)

PRINC. ¡Que no me vea! (*Se oculta con Araldi entre la multitud.*)

COND. ¡Desdichada!

ANGELA. (*Mirando en torno suyo.*) No le veo. Este no es. (*Acercándose á varios caballeros y examinándolos con detencion.*) Tampoco este... Tampoco... No está.

CAB. 1.° ¿Buscas á alguno?

ANGELA. Sí, á uno... á uno... pero á tí no te importa... ¡Ah! ¡Cómo os divertís por aquí! ¡Cuántas luces! (*Mirando hácia adentro.*) ¡Cuánta gente! Este es palacio. Aquí es donde moran los que deberian saberlo todo y no saben mas que lo que les quieren decir... Aquí es donde muchos parecen ser... lo que no son.

CONTI. Vamos: sacadla de aquí. (*Se acercan los Ugieres.*)

ANGELA. Pues: me quieres echar porque vengo á pedir justicia.

CONTI. (Sus palabras encierran un misterio...) A nadie se le niega.

ANGELA. ¿Y quién la otorga?

CONTI. ¡Yo!

ANGELA. ¿Tú?

CONTI. Yo soy ahora el encargado de administrarla.

ANGELA. Y la administras así... divirtiéndote... bailando quizá...

CAB. 1.° No es tan loca como parece.

ANGELA. En vez de estarte aquí sin hacer nada de provecho, podias ocuparte en indagar quien la necesita, y á fé á fé que habias de hallar unos pocos.

CONTI. ¿Y tú eres una?

ANGELA. Sí: (*Con gran misterio.*) me han arrebatado una madre, me han arrebatado la honra; pero esto no se lo digas á nadie... porque si él llega á entender...

CONTI. Esplícate.

ANGELA. Vosotros creis que es su padre... (*Angela ase con una mano á Conti y con la otra á la Condesa.*) pues bien, yo sé que no lo es.

PRINC. ¡Oh!

(*Sin poderse reprimir sale de en medio de un grupo como para detener á Angela.*)

ARALDI. (*Sin dejarse ver de Angela.*) ¡Imprudente!

ANGELA. ¡Shis! (*Viendo al Príncipe.—Pausa.*) ¿Quiéres hacerme justicia? (*Llevándose á Conti al ángulo opuesto.*) Pues manda que al momento encierren á ese en un calabozo. (*Señalando al Príncipe.—Movimiento en los grupos y murmullos prolongados.*)

CONTI. ¿Por qué?

MARQ. (*Al oir lo que dice Conti.*) No la hagais caso.

ANGELA. (*Viendo al Marqués.*) Ese... ja... ja... ese me dá risa... el pobre tonto al ver aquel papel se habrá creido que yo... Ja! ja! Y él que es tan vanidoso... y que no tiene nada de perspicaz... ja... ja... No... á ese no le hagas nada.

MARQ. ¡Esto solo me faltaba!

COND. (Es preciso sacarla de aquí y evitar que sus Altezas se enteren...) (*A Angela.*) Ven: yo sé dónde está Conrado.

ANGELA. ¿Sí? ¿De veras? Vamos corriendo.

COND. (*Con dignidad, á los caballeros.*) Paso, señores, paso.

ANGELA. (*Al Príncipe, poniéndole una mano en el hombro.*) Adios: ya sabes que te conozco.—(*Corriendo al lado opuesto, donde se halla el Marqués.*) Tú no tengas miedo: no te guardo rencor.—(*A Conti, que se halla en medio de la escena.*) ¿Con que me harás justicia? Adios. ¡Voy á verle!

(*Con misterio á los Caballeros y Damas. Váse corriendo seguida de la Condesa.*)

PRINC. (*A Araldi.*) (Mañana no ha de vivir esa mujer.)

ARALDI. ¿Qué os decia yo?

PRINC. Es preciso. Sígueme. (*Vánse.*)

ESCENA XI.

CONTI, *el* MARQUES, DAMAS *y* CABALLEROS: *en seguida* CONRADO *por una puerta de la derecha.*

CONTI. Y el Príncipe se vá... ¿Qué quiere decir esto?

MARQ. ¡Las cosas que pasan en èste mundo!

CONRA. (*Al salir.*) En vano tratais de detenerme.

MARQ. (¿Otro loco?)

CONRA. ¡Príncipe! ¡Príncipe de San Mário!

MARQ. Acaba de salir.

CONRA. (*Quitándose las charreteras de capitan y arrojándolas sobre una mesa. Rumores prolongados.*) Pues bien: oidme todos Estas insignias no me corresponden. (*Desnudando la espada y poniéndola tambien sobre la mesa.*) Esta espada de caballero no debe pender de mi cintura. El Príncipe no es mi padre. Pertenezco al pueblo. Pertenezco al pueblo.

(*Dirigiéndose á varios lados como para que lo oigan todos. Gran agitacion entre las damas y caballeros.*)

MARQ. ¡Ya escampa!

CONTI. ¿Estais cierto de lo que decís? (*Todo este diálogo debe ser muy rápido y dicho con gran calor.*)

CONRA. Puedo jurarlo.

CONTI. ¿Teneis pruebas?

CONRA. Sí.

CONTI. ¡Ola, Ugieres, Guardias! (*Preséntanse en la puerta del foro varios Ugieres y un Capitan.*) Señor Capitan: buscad al Príncipe de San Mário y prendedlo. (*Váse el Capitan.*)

CONTI. (*Con ansiedad.*) Me habeis dicho que teneis pruebas.

CONRA. Tomad una: este papel. (*Dándole el que Alberto mostró á Angela en el tercer acto. Conti empieza á leer y lanza una exclamacion de gozo.*) ¿Queréis otra? ¿La mejor?—Venid y me vereis en los brazos de mi verdadero padre. (*Conrado entra por la puerta de la derecha seguido de Conti.*

MARQ. (*Rápidamente.*) ¡Y yo desterrado! (*Rumores prolongados. las Damas y Caballeros empiezan á retirarse por la puerta del foro.*) El palacio se ha convertido en una casa de locos.

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.



La misma decoracion de los actos segundo y tercero.

ESCENA PRIMERA.

ARALDI *y* MAGDALENA.

ARALDI. No temais: confiad en mis promesas.

MAGD. No dudo de vuestro saber, pero soy madre y mi hija padece.

ARALDI. Clara prueba os doy de que me intereso por ella, cuando á tan altas horas de la noche vengo á visitarla.

MAGD. ¡Nos ha dada un susto!.. No quería decíroslo por temor de enojaros. Agotadas sus fuerzas creimos que se habia tranquilizado, fuimos á prepararle una bebida, y cuando volvimos, despues de breves instantes, habia desaparecido. Salimos á la calle y la buscamos en vano. ¡Temí haberme quedado sin hija! Al cabo de una hora nos la trajo una dama de palacio.—¡Qué hora!

ARALDI. (¡Pobre mujer!.. me dá lástima...)

MAGD. Me habeis ofrecido salvarla. No lo olvideis. Somos pobres... pero podeis llevaros por de pronto todo lo que haya en la casa; y despues cuanto ganemos en un año,

en dos, en tres, en los que querais, será para vos... ¡Con tal de que mi hija no se muera!.. ¡La quiero tanto! ¡Es tan desgraciada!

ARALDI. A mí me bastará la satisfaccion de... (Acabemos de una vez. Me creí con mas valor.) Dadme un vaso de agua. (*Magdalena entra en su cuarto y vuelve en seguida con un vaso de agua.*)

MAGD. Tomad.

ARALDI. (*Sacando un frasquito y echando algunas gotas de su contenido en el vaso de agua.*) Diez ó doce gotas de este licor bastarán... No se negará á tomarlo: ya veis, parece agua clara...

MAGD. ¿Y creeis que logrará algun alivio?

ARALDI. Pronto dejará de padecer.

MAGD. ¿De veras? ¿Descansará?

ARALDI. Sí: ¡descansará!

MAGD. O señor, dejadme besar vuestra mano.

ARALDI. (*Turbado y deteniéndola.*) ¿Qué haceis?

MAGD. Mirad: ella viene.

ARALDI. Es muy tarde: me retiro.

MAGD. El cielo os bendiga. Mi hija y yo... ¡yo tambien! os deberemos la existencia.

ARALDI. (Era preciso.—El Príncipe me aguardará impaciente.) (*Váse.*)

ESCENA II.

MAGDALENA, ANGELA, *y luego* JULIETA.

ANGELA. (*Sale lentamente y vá á sentarse en una silla que habrá cerca de la mesa en el lado derecho.*) ¿Ha venido Conrado?

MAGD. Todavía no.

ANGELA. No vendrá: vá á partir á la guerra.

MAGD. (*Acercándose á ella, con la mayor ternura.*) ¡Infeliz!— ¿Tienes sed?

ANGELA. No.

MAGD. (*Tomando el vaso de agua y queriendo hacerla beber.*) Vamos: bebe un poco.

ANGELA. Agua; no; no quiero agua.

MAGD. Yo te lo ruego.

ANGELA. (*Exasperándose.*) No: he dicho que no.—¡Parte hoy! ¡Quiere dejarse matar!

MAGD. (*A Julieta que sale.—Deja el vaso encima de la mesa.*) ¡Ah! ¿eres tú? ¿Le has visto?

JULIETA. Sí.

MAGD. ¿Le hallaste en palacio?

JULIETA. Estábais bien informada. Esta noche habia baile, pero cuando yo llegué ya salian todos en desórden hablando acaloradamente. Esta circunstancia favoreció mi entrada. Dí con el señor Conrado y le entregué vuestro billete. Me ha respondido que vendrá al punto.

MAGD. ¿Cómo has tardado tanto?

JULIETA. Al volver no me dejaban pasar por esa otra calle.

MAGD. ¿Quién?

JULIETA. Unos soldados que segun me he podido enterar estaban guardando la puerta de la casa que forma esquina con esta, á donde han venido á prender á uno.

MAGD. Pero Conrado vendrá ¿no es esto? ¡Ojalá que no se frustren nuestras esperanzas! ¡Mírala!.. Se niega á tomar una medicina que el médico ha encarecido mucho.

JULIETA. ¡Eh! condenados jaropes que no sirven para nada. La presencia del señor Conrado si que será una escelente medicina...

MAGD. Sin embargo...

(*Angela permanece sentada y con la vista fija.*)

JULIETA. Ahora está tranquila: no la exaspereis que será lo peor...

ANGELA. ¡No vendrá!

MAGD. ¿La oyes?

JULIETA. Dejadle ahí el vaso y tal vez ella sin que nadie se lo diga... (*Mirando el vaso, sin moverse de su sitio.*) Parece agua. Y nosotras vamos á esperar afuera al señor Conrado, no vaya á entrarse aquí antes de que le hayamos dicho...

MAGD. (*Señalando á Angela.*) Sí, quiero enterarle detalladamente de su estado, de las frases que pronuncia en su delirio, y manifertarle cuánto esperamos de esta entrevista.

JULIETA. Me parece que suben la escalera.

MAGD. Vamos. (*Vánse ambas y cierran la puerta del foro.*)

ESCENA III.

ÁNGELA.

¡No vendrá: vá á partir á la guerra: me cree cupable! (*Se levanta y empieza á pasear por la escena. Dá un grito y hace ademan de ponerse á escuchar.*) ¡Oh! ¡Ruido de tambores! ¡Cuántos soldados! Llevan las banderas desplegadas. Irán á la guerra. (*Colocada en la mitad de la escena y mirando á cualquier lado.*) ¿Partirá Conrado con ellos? No le veo. Pasan... pasan tantos... sí, allí vá... aquel es... Le llamaré. ¡Conrado, Conrado! No me oye con el ruido de los tambores...—Ran... ran... plan... plan... Ya se vá alejando... Apenas se percibe.—Han llegado á la orilla del mar... Se embarcan... el viento hincha las velas... las naves parten, y corren, y vuelan por las olas...—¡Vientos de la mar, apiadaos de mí: no presteis impulso á la nave que me lo arrebata!—Qué lejos van ya... qué lejos... qué lejos... pero yo los veo todavía... ¡Oh! allí se divisa el enemigo que los aguarda ansioso. ¡Ya están frente á frente! ¡Detenedlo! ¡Corred! ¡Cobardes!.. ¡Si yo estuviera á su lado!.. Van á herirle... ¡Le hirieron!... Vá á caer... ¡Jesus! ¡Cayó! (*Se cubre el rostro horrorizada. Pausa. Arrodillándose en medio de la escena, y elevando las manos al cielo.*) Un ángel baja de las nubes, se inclina hácia Conrado, y le dice al oido: «Angela es inocente. Dios permite que te levantes y vayas á buscarla para que ambos subais juntos al cielo.» (*Poniéndose de pié.*) ¡Conrado se levanta! ¡Qué pálido está! Cuánta sangre brota de su herida.—Su planta se desliza por la superficie del mar... viene en las alas del viento!.. Ya entra en la ciudad... ya llega á esta casa... ya oigo sus pasos en la escalera... ya llega á esa puerta... ya la abre... (*Conrado abre la puerta en este momento y entra.*) ¡Oh! ¡ya está aquí! (*Corriendo á arrojarse en sus brazos.*) Ya está aquí.

ESCENA IV.

ANGELA *y* CONRADO.

CONRA. ¡Angela!

ANGELA. ¡Te esperaba! Oh! (*Mirándole al pecho y retrocediendo espantada.*)

CONRA. ¿Qué miras?

ANGELA. La sangre que brota de tu herida.

CONRA. ¿Qué herida?

ANGELA. Esa que tienes en el pecho. (*Poniéndole el delantal donde cree ver la herida.*) Deja, tal vez logre rastañar... ¡Sale tanta! Mira: me he manchado las manos.—¡Mis manos tintas en sangre tuya! ¡La mia se hiela de horror! (*Restregándose las manos.*) ¡Y no se quita... no se quita!...

CONRA. Escúchame, Angela... (*Asiéndole ambas manos y mirándola fijamente.*) Vuelve á la razon. Queria huir y vuelvo á tu lado. Queria aborrecerte y no te aborrezco... Soy tu igual.—Dime que me ciega un funesto error, y en lazo eterno viviremos dichosos toda la vida.

ANGELA. Sí, muy dichosos...

CONRA. Recuerda lo que anoche pasó aquí. Mírame: recobra tus sentidos.—¿Amas á aquel hombre? No, no puedes amarlo. En todo cuanto ha sucedido debe haber algun misterio que no puedo comprender.

ANGELA. No me mires así: tu mirada me hace daño.

CONRA. Angela, ¿me amas?

ANGELA. Ven aquí. (*Llevándoselo á un ángulo del teatro.*)

CONRA. Nadie nos oye: habla sin temor.

ANGELA. ¿Que si te amo? Sí; te amo con amor puro como el rocío, eterno como el alma.

CONRA. ¿Y he podido dudarlo? Pero esplícamelo todo. ¿Por qué escribiste al Marqués aquella carta?

ANGELA. (*Como recordando.*) ¿Al Marqués? ¿Una carta?

CONRA. Le dabas en ella una cita.

ANGELA. Sí; me acuerdo bien.

CONRA. Y ese hombre entró aquí.

ANGELA. ¿Y tú le viste?

CONRA. Y creí que me habias engañado.

ANGELA. Y cuando iba á decirte la verdad, aquella mano helada que asió la mia...

CONRA. (¡Vuelve á desvariar!)

ANGELA. (*Como si hablase con el Príncipe.*) No la mateis: ¡es mi madre! Sí, sí, escribiré. Papel, pluma. (*Se sienta cerca de la mesa: dobla papel, coje una pluma precipitadamente, y empieza á escribir.*) Todo lo que querais.

CONRA. Vuelve en tí ¿Qué venia á hacer ese hombre á tu casa?

ANGELA. Venia á verme. Nos queremos mucho: me ha regalado brillantes. ¿Pensabas que mi fé habia de ser eterna? Ya vés como no.

CONRA. No prosigas.

ANGELA. ¿Por qué? Solemne chasco te hemos dado. (Mi madre vivirá.)

CONRA. ¡Basta!

ANGELA. No, no puedo hablar. ¡Por todas partes hay ojos que me acechan, oidos que me escuchan, manos que me detienen!.. Callaré, callaré: aunque partas, aunque te maten, aunque me aborrezcas, callaré, callaré, ¡callaré! (*Entra precipitadamente en el aposento de la izquierda en segundo término.*)

ESCENA V.

CONRADO, MAGDALENA *y* ALBERTO.

MAGD. ¿Qué habeis logrado?

CONRA. Confundirme mas y mas.

ALBER. Vengo en tu busca. Araldi ha sido preso al ir á entrar en su casa cercada por los soldados encagardos del arresto del Príncipe, y ha dicho que quiere hacer en seguida una declaracion muy importante.

CONRA. ¿Y el Príncipe?

ALBER. No le han hallado en casa de Araldi. Los soldados salen ya convencidos de que no está en ella. Permanecerán sin embargo guardando la puerta.

CONRA. Corramos á averiguar lo que dice Araldi.

MAGD. ¿Os vais?

ALBER. Volverá conmigo. (*Vánse cerrando la puerta del foro.*)

MAGD. ¡Hija desventurada! (*Entra en el aposento donde se supone que se halla su hija: la puerta queda cerrada.*)

ESCENA VI.

El Príncipe, *solo.*

(*Entreabriendo con gran precaucion la puerta secreta.* ¡Nadie!—(*Entra con rostro pálido y desencajado. Corre hácia el balcon y se asoma.*) ¡Oh! tambien hay soldados en esta calle, y se divisa el resplandor de las luces de los que están en la otra. ¡Tampoco por aquí puedo salir! ¡Oh! (*Dando un grito y mirando hácia la puerta secreta.*) Creí que venian siguiéndome, que abrian esa puerta.—No: ya han abandonado esa casa fatal, y yo he podido salir del estrecho recinto en donde me ahogaba... ¡Al fin puedo respirar! He oido lo que hablaban. ¡Descubierto mi secreto! Ayer Príncipe, hoy... ¡Yo preso, yo encerrado en una cárcel!—(*Volviendo á asomarse al balcon.*) Todavía no se han ido. ¡No, no se irán! ¿Qué haré? En esa casa volverán á entrar y entonces quizá den conmigo... Aquí me verán.—¡Oh! me arrojaré á los pies de esas mujeres, ¡les pediré perdon!—¿Y Araldi? ¿Lo habrán preso al salir? ¿Habrá huido?—¡Y no me veré vengado!.. ¡Conrado! ¡Un dia, uno solo para gozarme en tu desesperacion!—Apenas puedo tenerme en pié. Una sed devoradora abrasa mi pecho. (*Vá con paso trémulo hácia la silla que habrá cerca de la mesa, se deja caer en ella, y vé el vaso de agua.*) ¡Ah! (*Bebe con ansia.*) ¡Me siento con nuevo vigor para arrostrar nuevos infortunios! (*Se asoma otra vez al balcon.*) Ya han desaparecido esos hombres. Tampoco se divisa el resplandor de las antorchas.—Salgamos. (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*) ¡Suben por la escalera! (*Corre á la puerta secreta, la abre, y vuelve á cerrarla con rapidez.*) ¡Fatalidad! Luces en esta casa. Han vuelto á entrar en ella. ¡Aquí! (*Abre la puerta del aposento de la izquierda, en primer término, y entra en él, volviendo á cerrar la puerta.*)

ESCENA ULTIMA.

LA CONDESA *y* JULIETA: *en seguida* MAGDALENA, *á poco* CONRADO, ALBERTO *y* ANGELA; *luego el* PRINCIPE.

COND. ¿Dónde está? Que venga corriendo. Quizá sea tarde. (*Entra Julieta en el aposento donde está Magdalena.*)

MAGD. ¿Qué me quereis?

COND. Esta noche ha estado aquí el médico de vuestra hija.

MAGD. ¡Sí!

CONRA. (*Entrando con Alberto.*) ¡Angela! ¡Angela!

ANGELA. (*Saliendo de su aposento.*) ¡Su voz!

CONRA. ¡Vive!

MAGD. ¿Qué quereis decir?

COND. El médico de vuestra hija ha sido preso.

ALBER. Y acaba de declarar...

CONRA. ¿Dónde está un vaso de agua en que vertió algunas gotas de un licor que traia consigo?

MAGD. Aquí lo dejé.—Vedlo.

CONRA. ¡Vacío!

MAGD. Ese vaso...

CONRA. ¡Contenía un veneno!

PRINC. ¡Oh! (*Sale dando un grito espantoso, y se queda como petrificado en un ángulo de la escena.*)

CONRA. ¿Vos aquí?

COND. ¡Cielos!

MAGD. ¡Socorro! ¡Mi hija está envenenada!

CONRA. Pidamos auxilio.

PRINC. No es menester. Contra ese veneno no hay antídoto... Yo he apurado hasta la última gota lo que contenia ese vaso.

CONRA. El.

COND. } ¡Oh!
MAGD. }

(*Pausa, durante la cual todos observan con espanto las desencajadas facciones del Príncipe, ocupando el ala derecha de la escena: él permanece en el lado opuesto, silencioso y sombrío. Angela le señala con el dedo.*)

PRINC. (*Como consigo mismo.*) Voy á morir... No hay remedio. ¡Para qué tantos afanes!.. ¡Para qué tantos delitos!.. En

esto vienen á parar las riquezas, el orgullo, el poder, la ambicion! «Un dia llegará en que todos seamos iguales... os emplazo para ese dia»... Ella lo dijo... ¡Qué helado sudor!... ¡Qué ansiedad!...

ANGELA. *(Bajo á Conrado.)* Ese... ese puede esplicarlo todo.

(El Príncipe se pasa la mano por la frente, como para limpiarse el sudor. Despues se oprime con ambas el pecho, dando muestras de los dolores que empiezan á atormentarle.)

PRINC. ¡Y moriré maldito!

(Como sintiéndose acometido por una idea repentina. Levanta las manos al cielo con paso trémulo y pausado, y se dirige hácia Angela, que vá retrocediendo á medida que el Príncipe se le acerca.)

ANGELA. ¡Ese!... ¡ese! *(Retrocediendo. Cuando el Príncipe está á su lado se deja caer á sus plantas con un temblor convulsivo, inclinando al suelo la frente.)*

PRINC. ¡Perdon!

CONRA. ¡Qué miro!

PRINC. ¡El crímen á los piés de la virtud! *(Sin levantarse hasta que lo indique la acotacion.)*

ANGELA. ¡Así! ¡Así!...

PRINC. Angela, óyeme y responde: ¿No es verdad que un dia hallaste en tu casa al Marqués, sin saber por dónde habia entrado?

ANGELA. Sí.

PRINC. Entró por una puerta secreta que hay en esa pared.

CONRA. ¡Oh!

PRINC. ¿No es verdad que yo vine aquí y ofreciéndote salvar á tu madre te obligué á escribir una carta?

ANGELA. Sí, eso es.

PRINC. ¿No te la dicté yo mismo?

ANGELA. Sí, eso es.

PRINC. Y cuando fuiste á revelárselo á Conrado, ¿no sintió tu mano el contacto de la mia?

ANGELA. ¡Gran Dios! ¡Qué velo se descorre ante mi vista!

PRINC. Era yo: habia entrado por esa puerta.

ANGELA. ¡Madre! ¡Conrado!

PRINC. Oye, Angela, oye aún. *(Su voz se vá debilitando, y cada vez dá mayores muestras de los dolores que sufre.)* ¿No es verdad que tienes lástima de mí? ¿No es verdad que me perdonas?

ANGELA. ¡Oh! (*Tendiéndole una mano que el Príncipe besa.*)

PRINC. (*Levantándose con gran trabajo, ayudado por la Condesa y Alberto, cae en una silla.*) ¿Y tú, Dios mio, me perdonarás tambien?

COND. ¡Su piedad es infinita!

PRINC. ¡Grande es mi culpa!

CONRA. No tanto como su misericordia.

PRINC. Le arrebaté la razon; se la devuelvo: mancillé su honra; la rehabilito: quise separaros; os uno: os aborrecí; os amo. (*Enlazando las manos de ambos jóvenes, que caen á sus piés.*) ¡Adios! Me he castigado por mi propia mano... Rogad por mí... ¡Dios mio!... per... dó... na... me! (*Espira.*)

ANGELA. ¡Dios mio! ¡misericordia!

(*Cuadro. Ambos jóvenes á los piés del Príncipe. Alberto sostiene su cabeza, colocado detras de la silla. Magdalena á un lado. La Condesa á otro.*)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinado por el censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 2 de Noviembre de 1852.

DIAZ.

